
LOS CINCO EN BILLYCOCK HILL
Enid Blyton

¡Una semana de fiesta! Y hace buen tiempo. Los Cinco salen contentos en sus «bicis» hacia la granja de los padres de Toby, el amigo de Julián que vive en Billycock Hill. Después de conocer a la simpática familia del chico, nuestros amigos acampan en lo alto de la colina. ¡Todo es perfecto para pasar unos estupendos días! Además, hay muchas cosas interesantes en Billycock: el campo de aviación, el criadero de mariposas, las cuevas…

Pero un suceso muy grave relacionado con Jeff, el primo de Toby, interrumpe los planes de todos. Los Cinco tienen que actuar de inmediato. ¡Atención amigos! No olvidéis a Rizado, el cerdito del hermano de Toby. Es importante.



Enid Blyton

Los Cinco en Billycock Hill

Los Cinco - 16

ePub r1.1
liete 15.09.14

Título original: *Five go to Billycock Hill*
Enid Blyton, 1957
Traducción: Antonio de Quadras
Ilustraciones: José Correas

Editor digital: liete
ePub base r1.1



LOS CINCO

Enid Blyton



LOS CINCO EN BILLYCOCK HILL



Capítulo I

UNA SEMANA DE VACACIONES

—¿Dónde colocamos el mapa? —preguntó Julián.

—En el suelo —contestó Ana—. Es más cómodo y así podremos verlo desplegado. Apartad esa mesa, por favor.

—Tened cuidado, por amor de Dios —rogó *Jorge*—. Mi padre está en su despacho y no quiere que le molestemos.

El padre de *Jorge*, cuando estaba en su despacho trabajando y oía ruido, salía de estampida hecho una furia.

Retiraron la mesa con cuidado, desplegaron el mapa y lo colocaron en el suelo.

Tim se sorprendió mucho al ver a los cuatro niños arrodillados alrededor del mapa y se puso a ladrar imaginándose que se trataba de algún juego nuevo.

—Estáte quieto, *Tim* —dijo Dick—. Ya nos has metido en líos esta mañana cuando te peleaste. ¡Y deja de cepillar mi cara con tu cola!

—¡Bufff! —suspiró *Tim*, y se tendió cuan largo era sobre el mapa.

—¡Levántate, tonto! —exclamó Dick—. ¿No ves que estamos buscando el camino para ir a la colina Billycock Hill?

—¡Qué nombre tan bonito! —dijo Ana—. ¿Es allí dónde vamos a ir?

—Desde luego —contestó Julián examinando detenidamente el mapa—. Está cerca de unas cuevas, y hay una casa de mariposas no lejos de allí, y…

—¿Una casa de mariposas? —preguntó *Jorge*, sorprendida—. ¿De qué se trata?

—No lo sé, pero suena muy bien —contestó Dick.

—Un amigo mío me habló de ello —dijo Julián—. Se llama Toby y vive cerca de allí. Dice que crían mariposas y polillas y las venden a los coleccionistas.

—Yo crío gusanos de seda —dijo Ana—. Me gusta ver cómo se envuelven en el capullo y cómo después aparece una fantástica mariposa como si fuera cosa de magia. Pero una casa sólo para ellas… ¿Iremos a verla?

—Naturalmente. Toby dijo que los hombres que la dirigen son muy amables —dijo Julián—. Parece ser que aquella colina es un lugar muy bueno para encontrar raros ejemplares.

—¡Tiene que ser emocionante! —exclamó Dick—. Tenemos que ver las cuevas, y la casa de las mariposas, y a Toby, y…

—Tenemos toda una semana de vacaciones —le interrumpió *Jorge* dando a *Tim* un cariñoso empujón—. ¡Vivan las fiestas!

Los cuatro chicos se tendieron en el suelo observando el mapa con gran interés y siguiendo la ruta con el dedo. De pronto oyeron un fuerte ruido que procedía del despacho del padre de *Jorge*.

—¿Quién ha estado revolviendo en mi mesa? —vociferó—. ¿Dónde están los papeles que dejé aquí? ¡Fanny! ¡Fanny!

—Llama a mi madre. Voy a buscarla —dijo *Jorge*, pero en seguida recordó que no estaba en casa—. ¡Oh! Ha salido de compras.

—¿Por qué no puede la gente dejar mis papeles en paz? —siguió gritando el padre de *Jorge*—. ¡Fanny! ¡Fanny!

Entonces la puerta del despacho se abrió bruscamente y apareció en el umbral el señor Kirrin. No vio a los cuatro niños, tropezó y se cayó sobre ellos.

Tim empezó a ladrar alegremente y saltó sobre él pensando que, por una vez, el padre de *Jorge* estaba resultando simpático porque quería jugar con ellos.

—¡Ay! —se quejó *Jorge* cuando recibió en plena cara el impacto del codo de su padre—. ¿Qué estás haciendo, papá?

—Siento que te hayas caído, tío Quintín —dijo Julián—. ¡Cállate, *Tim*, esto no es un juego!

Ayudó a su tío a levantarse y esperó una explosión de ira. El padre de *Jorge* se levantó precipitadamente y miró a Julián con

ferocidad.

—¿Por qué diablos estáis tendidos en el suelo? ¿Quieres callarte, *Tim*? ¿Dónde está tu madre, *Jorge*? Si Juana ha estado otra vez limpiando mi despacho, le…

Juana, la cocinera, apareció secándose las manos con el delantal.

—¿Qué significa todo este ruido? —comenzó a decir—. ¡Oh, lo siento, señor! No sabía que era usted… yo…

—Juana, ¿ha estado limpiando mi despacho? —bramó el señor Kirrin.

—No, no, señor. ¿Ha perdido algo? Yo lo encontraré —quiso tranquilizarle Juana—. Vosotros, recoged este mapa y colocad la mesa en su sitio. *Jorge*, llévate a *Tim* fuera o nos volverá locos con sus ladridos.

—Está contento porque nos hallamos de nuevo todos juntos —dijo *Jorge*, y salió al jardín con *Tim*.

Los demás les siguieron y Julián dobló el mapa y lo guardó.

—Aquí está mamá —dijo *Jorge* viéndola en la puerta. Julián corrió a abrirle la puerta. Quería mucho a su tía.

Ésta entró sonriéndoles a todos.

—¿Habéis decidido dónde ir? Hace muy buen tiempo. ¡Qué bien lo pasaréis! —dijo a los chicos.

—Iremos a Billycock Hill —contestó Julián tomándole el cesto—. Nuestro amigo Toby vive en esa colina y nos dará todo lo que necesitemos.

—Así no tendremos que cargar nuestras bicicletas con tiendas de campaña, sacos de dormir y toda la pesca —dijo Dick.

—¿Podréis comprar la comida en la granja de Toby? —preguntó tía Fanny.

—Claro que sí —aseguró Julián—. Compraremos huevos, leche y pan. Toby dice que las fresas ya están maduras.

—Entonces no necesito preocuparme por vosotros. Tendréis a *Tim*, que os cuidará bien. ¿Verdad que lo harás, *Tim*?

—¡Guau! —ladró el perro con su voz más profunda, moviendo la cola.

—Muy bien, *Tim* —dijo *Jorge* acariciándolo.

—El tío Quintín se enfadó —le dijo Dick a su tía—. Quería saber quién había estado revolviendo en su escritorio. Ha salido de

estampía de su despacho y se ha caído sobre nosotros.

—¡Oh, pobre papá! Es mejor que vaya a ver qué es lo que ha perdido ahora —exclamó—. Seguramente que ha olvidado que anoche estuvo arreglando su despacho. Probablemente arrojó sus preciosos papeles a la papelera sin darse cuenta.

Todos se rieron y la señora Kirrin entró en el despacho de su esposo.

—Bueno, ya estamos listos —manifestó Julián—. No tenemos que llevarnos muchas cosas. No olvidemos a nuestro *Tim*. Llevemos también jerseys y uno o dos mapas.

—Y linternas por si vamos a explorar aquellas cuevas. Y los trajes de baño —recordó Ana.

—Yo tengo cerillas —dijo *Jorge* palpando los bolsillos de sus pantalones—. Le he pedido tres cajas a Juana. Tendremos también algunos dulces que nos hará ella.

—También nos podemos llevar aquellas latitas de mermelada y la radio portátil —indicó Dick.

—Buena idea —dijo Ana, complacida—. Así podremos oír nuestros programas favoritos y las noticias.

—Voy a sacar las bicicletas del cobertizo —anunció Julián—. Dick, ve a buscar los bocadillos. Juana dijo que nos prepararía algo para comer, puesto que no llegaremos a la granja de Toby hasta la tarde y estaríamos hambrientos.

—¡Guau! —ladró *Tim*, que conocía muy bien aquella palabra.

—Nos dice que recordemos sus galletas —tradujo Ana riéndose —. Ahora te daré una, *Tim*.

Juana había preparado dos grandes paquetes de bocadillos, pasteles y dos botellas de naranjada.

—Aquí lo tenéis —dijo—. Si os lo coméis todo, seguro que no pasaréis hambre. Éstas son las galletas para *Tim* y un hueso.

—¡Eres un sol, Juana! —exclamó Dick abrazándola—. Pronto te librarás de nosotros. ¡Una semana de fiesta! ¡Qué suerte!

—Ya tengo las «bicis». Ninguna tiene pinchazo —dijo Julián.

En pocos minutos colocaron los paquetes en los cestos de detrás del sillín. *Tim* quiso asegurarse de que sus galletas y el hueso estuvieran allí. Olfateó cada uno de los cestos y cuando lo encontró meneó la cola satisfecho y se puso a brincar alegremente. Otra vez

estaban todos juntos y… ¿quién sabe lo que podía suceder? ¡*Tim* estaba dispuesto a todo!

—¡Adiós, queridos! —les saludó la señora Kirrin viéndolos marchar—. Cuida de las chicas, Julián. Y tú, *Tim*, cuida de todos.

De pronto apareció el tío Quintín en la ventana:

—¿Qué es todo este ruido? —empezó a decir—. ¡Ah! Se van, por fin. Ahora tendremos un poco de paz y tranquilidad. Adiós y portaos bien.

—Siempre dice lo mismo —dijo Ana sonriendo cuando partieron felices, haciendo sonar los timbres de las bicicletas como despedida.



Capítulo II

EN CAMINO

El sol brillaba y hacía calor. Los Cinco bajaban a toda velocidad por la carretera que corría a lo largo de la bahía de Kirrin. *Tim* iba siguiéndoles con la lengua fuera. Ana decía que *Tim* era el perro que tenía la lengua más larga del mundo.

El mar era tan azul como la flor del «nomeolvides» y cuando cruzaron la bahía vieron la isla y el castillo de Kirrin.

—Me gustaría bañarme —dijo Dick.

—Lo haremos este verano —prometió Julián—. Ahora nos divertiremos mucho explorando lugares desconocidos. Toby dice que las cuevas son maravillosas.

—Ana y yo no conocemos a Toby —observó *Jorge*—. ¿Cómo es?

—Un poco dado a las bromas —repuso Dick—. Pone orugas en el cuello de la gente y hace cosas así. Ten cuidado si lleva una rosa en el ojal de la chaqueta. Te dirá que la huelas.

—¿Por qué? —preguntó Ana, sorprendida.

—Porque cuando te inclinas para olerla te lanza un chorrito de agua en la cara.

—Creo que no me gustará —dijo *Jorge*, que no era partidaria de esa clase de bromas—. Probablemente le aplastaría las narices, si intentara hacérmela a mí.

—Eso no estaría bien —observó Dick—. Seguro que inventaría un truco peor. No te enfades, *Jorge*. ¡Estamos de vacaciones!

Habían dejado atrás la bahía de Kirrin y estaban pasando por una avenida bordeada de setos. Las primeras rosas silvestres salpicaban el paisaje de alegre colorido. Se levantó una suave brisa que fue bien recibida por los cuatro acalorados ciclistas.

—Tomaremos un helado cuando lleguemos al pueblo —propuso Julián.

—«Dos» helados —rectificó Ana—. ¡Qué empinado es este camino! No sé si es mejor subirlo en bicicleta o apearse y empujarla.

Tim echó a correr hasta la cima y se sentó esperándolos. Jadeaba y la lengua le colgaba más larga que nunca. Julián llegó el primero y exclamó:

—Mirad, ahí está el pueblecito de Tenick. Pararemos y preguntaremos si venden helados.

Vendían helados. De fresa y de vainilla. Los cuatro niños se sentaron en un banco bajo un árbol, frente a la tienda, y hundieron con fruición las cucharas de madera en el cucurucho de helado. *Tim* se sentó frente a ellos aguardando confiado a que terminaran. Sabía que luego le dejarían lamer los cucuruchos vacíos.

—No te he comprado ninguno porque creo que estás demasiado gordo —le dijo *Jorge* viendo sus suplicantes ojos fijos en la golosina —. Pero como seguramente habrás adelgazado con esta caminata, voy a comprarte uno entero para ti.

—¡Guau! —ladró *Tim* dando un brinco de alegría.

Entraron en la tienda de nuevo y el perro puso sus grandes patas sobre el mostrador, dando un susto a la dependienta.

—Es un despilfarro comprar un helado para *Tim* —opinó Ana—. Lo coge con la lengua y lo engulle enterito. Me gustaría saber si también piensa tragarse el cucurucho de cartón.

Después de diez minutos de descanso partieron de nuevo. Era delicioso ir montado en bicicleta por el campo. Los árboles lucían un espléndido color verde y los montes aparecían dorados por miles y miles de flores amarillas que movían sus brillantes corolas.

Había muy poco tráfico por aquellas desiertas carreteras. De cuando en cuando pasaba un carro y, muy rara vez, algún coche. Los Cinco iban por aquel camino porque ellos preferían sus tortuosas curvas y los setos floridos a las rectas y polvorientas carreteras que no ofrecían ningún interés.

—Llegaremos a la granja sobre las cuatro de la tarde. ¿Cuándo y dónde comeremos, Julián? —preguntó Dick.

—A la una en punto —contestó Julián—. Ahora son las doce.

—*Tim* debe estar muriéndose de sed —dijo Ana—. Detengámonos en el primer arroyo que veamos.

—Allí hay uno —señaló Dick apuntando a un riachuelo—. Ve a beber, *Tim*.

El can saltó el seto y se dirigió al arroyo a beber. Mientras tanto los chicos desmontaron de las «bicis». Ana recogió una flor de madreselva y se la colocó en el ojal de la blusa.

—¡Deja algo de agua para los peces! —bromeó Dick—. No le dejes beber más, *Jorge*. Se hinchará como un globo.

—¡*Tim*! Ya hay bastante. Ven aquí.

Dio un último lametón al agua y corrió hacia *Jorge*.

—Ahora se siente mucho mejor —aseguró *Jorge*.

De nuevo montaron en las bicicletas y emprendieron la marcha.

Julián había decidido comer en la cumbre de la colina. Así podrían ver el paisaje y gozar de una brisa refrescante.

—¡Animo! —gritó Julián—. Comeremos ahí arriba y luego descansaremos un buen rato.

—¡Gracias a Dios! —jadeó Ana—. Mañana no podremos movernos de tan cansados que estaremos.

Desde la cumbre de la colina que eligieron para almorzar se divisaba una vista magnífica y podían ver millas y millas de campos llenos de flores.

—Desde aquí veo cinco condados —dijo Julián—. Pero no me preguntéis sus nombres porque los he olvidado. Vamos a descansar un rato antes de comer, mientras contemplamos el paisaje.

Era estupendo estar echado sobre la hierba después de la larga carrera, pero *Tim* no aprobó este descanso. ¡Él quería su hueso! Fue hacia la bicicleta de *Jorge* y olfateó el cesto. Sí; el hueso estaba allí. Miró de reojo para asegurarse de que no le veían y entonces empezó a empujar el paquete con su hocico hasta que lo echó fuera del cesto.

Ana, que estaba echada cerca de él, oyó el crujido del papel y se incorporó rápidamente.

—¡Mirad qué hace *Tim*! ¡Se va a comer nuestros bocadillos!

Tim puso el rabo entre las patas y lo movió muy aprisa, como si quisiera decir: «Lo siento, pero, después de todo, sólo se trata de “mi” hueso».

—Busca su comida —le defendió *Jorge*—. ¡Como si «quisiera» nuestros bocadillos! Podrías haberte dado cuenta de que a él no le interesan en absoluto.

—Me gustaría comerme el mío ahora —apuntó Ana.

La idea les pareció buena y empezaron a desenvolver los bocadillos de pan con tomate y jamón y el pastel de fruta que hizo Juana. Julián sirvió naranjada en los pequeños vasos de cartón.

—Es estupendo —dijo Dick mascando a dos carrillos.

—Mirad, aquello debe de ser Billycock Hill —dijo Julián—. Tiene una curiosa forma. Miraré con mis gemelos —dijo sacándolos de su estuche de cuero—. Probablemente lo «es», porque esa colina tiene el aspecto de un viejo «sombrero hongo».

Todos miraron por turno con los gemelos. *Jorge* los colocó sobre los ojos de *Tim*.

—Ahora te toca a ti. Echa una ojeada, *Tim*.

—¿Quién quiere más bocadillos? —preguntó Julián.

—Ya no quedan. Ni tampoco pastel de fruta. Sólo tenemos un poco de *humbuk*[1] para quien tenga más hambre.

Todos comieron de aquel dulce y *Tim* esperó animado su turno. *Jorge* le dio un buen pedazo.

—No es mucho para ti, que te lo comes de un solo bocado.

—Empiezo a tener sueño —dijo Julián—. Descansemos durante media horita más.

Se acomodaron sobre el blando césped y en seguida se quedaron profundamente dormidos.

Tim también echó una siesta, con una oreja levantada para el caso de que viniese alguien. Pero nada turbó su sueño. Había tanto silencio y se estaba tan bien, que pasaron tres cuartos de hora antes de que nadie se despertase.

Ana sintió que algo trepaba por su brazo y se despertó sobresaltada.

—¡Ah! ¡Un escarabajo! —gritó sacudiéndoselo. Luego echó una mirada a su reloj—. ¡Qué tarde es! ¡Levantaos, chicos!

De nuevo subieron a las bicicletas y bajaron a toda velocidad por la ladera de la colina. *Tim* corría al lado de los cuatro muchachos ladrando alborozado. Todos estaban contentos. ¡Las vacaciones eran la cosa más bella del mundo!



Capítulo III

EN LA GRANJA

Los chicos pedaleaban con energía y de no ser por *Tim* hubieran llegado antes a la granja. Cada cuarto de hora tenían que detenerse para que el perro descansara.

—Es una lástima que sea tan grande —observó Ana—. Si pesara menos podríamos haberlo llevado en el cesto de nuestras «bicis».

Ya estaban llegando a la colina. Ciertamente tenía una forma estrambótica. Parecía un sombrero pasado de moda. En las laderas crecía abundante brezo y en la cima habían construido un aprisco.

La granja se hallaba situada al pie de la colina. Junto a la casa había unos establos y también un gran invernadero.

—¡Ahí está! —exclamó Julián señalándola—. Hemos llegado a tiempo; son las tres y media. Vamos a lavarnos en aquel arroyo. *Tim* puede bañarse.

El agua estaba fría y agradable y los niños hubieran querido hacer como *Tim*, que estaba echado en el arroyo y el agua se deslizaba sobre su cuerpo.

—Esto está mejor —dijo Dick frotándose la cara con un pañuelo —. Ahora ya podemos ir a casa de Toby. Espero que se acuerde que vamos a llegar. Prometió prestarnos todo lo que necesitáramos para acampar.

Se peinaron, sacudieron la ropa y, sintiéndose ya más presentables, se dispusieron a penetrar en la granja.

Llegaron a un gran patio en el que había muchas gallinas que picoteaban el suelo, un estanque redondo con unos patos y un perro que al verlos comenzó a ladrar.

De pronto algo pequeño y rosado pasó corriendo por delante de

ellos.

—¿Qué es esto? —preguntó Ana asustada—. ¡Es un cerdito! ¡Qué limpio está! Ha venido a recibirnos.

El cerdito dio un chillido y corrió hacia *Tim*. Éste dio un salto atrás y se quedó mirando fijamente aquella extraña criatura. Pensó que sería un cachorrillo de su especie, pero completamente desprovisto de pelo.

El cerdito embistió a *Tim* y éste retrocedió con precaución.

—Tiene miedo —dijo Julián riéndose—. No gruñas, *Tim*, que es inofensivo.

—¡Hola! ¿Quién eres? —preguntó Dick al ver a un niño que se quedó mirándolos.

—¡Qué niño tan lindo! —exclamó Ana—. Debe de ser el hermano de Toby.

El niño no parecía tener más de cinco años, era rubio y tenía el pelo ensortijado, grandes ojos oscuros y una agradable sonrisa.

—Es mi cerdito —explicó andando lentamente hacia ellos—. Se escapó.

—¿Cómo se llama?

—*Rizado* —dijo el pequeño, y señaló la cola del animalito—. La tiene así y no se le puede enderezar.

—Es muy gracioso —dijo Ana.

Entonces el cerdito corrió hacia el chiquillo y éste lo agarró por la cola.

—Te escapaste otra vez —le amonestó, y, cogiéndole en brazos, se dispuso a marchar.

—¡Eh, niño! ¿Tienes un hermano que se llama Toby?

—Está allí —repuso señalando hacia un granero—. Está con *Binky* cazando ratas.

—Pues vamos a buscarle —dijo Julián a los otros—. Quizá *Binky* sea otro hermano.

—O quizá sea un perro —dijo *Jorge* acariciando a *Tim*—. Mejor será que tengamos cuidado. Puede que no le guste a *Tim*.

—Dick y yo iremos al granero. Vosotras esperad aquí —dijo Julián.

Del granero les llegó una algarabía de gritos, ladridos y el seco golpear de un palo.

—¡Cógelo, *Binky*! ¡Mira, se ha escondido debajo de aquel saco! Corre… ¡Tonto, lo has perdido otra vez!

¡Guau!… ¡Guau!… ¡Plif!… ¡Plaf!…

Con gran curiosidad entraron en el oscuro granero Julián y Dick. Allí vieron a Toby hurgando bajo los sacos y junto a él había un perro pastor muy excitado que ladraba sin parar.

—¡Hola, Toby! —gritó Julián.

Toby se incorporó y volvió la cara sudorosa y colorada hacia los dos muchachos.

—¡Por fin habéis llegado! Me alegro mucho de veros. Pero, ¿sólo sois dos? Conseguí tiendas de campaña para cuatro.

—Somos cuatro, mejor dicho, cinco, contando a *Tim*. Es nuestro perro —explicó Julián—. Hemos dejado a las dos chicas con él. ¿El tuyo es manso?

—Sí, pero tengo que presentarlo.

Los tres salieron del granero. Tan pronto *Binky* vio a *Tim* empezó a gruñirle.

—Traed vuestro perro aquí —dijo Toby a las muchachas—. Se hará amigo de *Binky* en seguida.

Jorge trajo a *Tim*, que desconfiaba de aquel gran perro pastor.

Toby se agachó y le habló a *Binky* al oído:

—Dale la pata a esta chica. Es amiga mía. Ofrécele la mano —dijo a *Jorge*.

Jorge se inclinó hacia el perro y le tendió la mano. *Binky* levantó la pata y dejó que ella se la estrechara solemnemente.

—Ahora tú, Ana —dijo Toby—. ¿Vuestro perro también da la pata? Entonces dile que se la dé al mío. *Binky*, ¡saluda!

—*Tim*, ¡saluda! —dijo *Jorge*, y los dos perros, con gran solemnidad, se tocaron las patas observándose cautelosamente.

De repente *Tim* echó a correr y *Binky* le siguió y durante un rato se persiguieron y rodaron por el suelo en un divertido juego.

—Todo va bien —dijo Toby, complacido—. *Binky* se hace amigo de todo el mundo, pero antes tiene que ser presentado y tienen que estrecharle la pata. Yo le he enseñado esto —manifestó con orgullo —. Bueno, vamos a ver a mi madre. Ha preparado una merienda estupenda.

Justamente era la clase de bienvenida que gustaba a los chicos.

Ana miró de reojo a Toby y le pareció agradable. A *Jorge* no le gustó tanto porque llevaba una rosa en el ojal… Seguramente sería una de sus bromas. ¿Y si le pidiese que la oliera?

—Hemos visto a un niño con un cerdito —dijo Ana.

—Es mi hermano Benny —dijo Toby—. Adora a su cerdito. Le hemos dicho que le regalaríamos un gatito o un perrito, pero él prefiere a *Rizado*. Van juntos a todas partes.

La madre de Toby, la señora Thomas, era una mujer rolliza y jovial y lucía una simpática sonrisa como la de sus hijos.

—Entrad —les invitó—. Toby está muy contento de que vengáis a acampar aquí. Podéis venir todos los días a buscar lo que necesitéis.

De repente hubo un estrépito y *Rizado* entró en la casa corriendo.

—¡Vaya! —exclamó la madre de Toby—. Otra vez este dichoso animal. ¡Benny! No quiero que *Rizado* entre en casa.

Benny apareció dispuesto a defender a su cerdo.

—Lo siento, mamita… ¡Vaya merienda! ¿Podemos empezar ya?

—¿Queréis leche o té? —preguntó la señora Thomas.

—Leche, por favor.

Todos se sentaron a merendar. No se habían imaginado tanta abundancia de manjares. Había jamón, crujientes rebanadas de pan, lechuga, rábanos y en el aparador un enorme pastel y una fuente llena de ricas tortitas. También había mantequilla y jarras de leche, miel y mermelada.

—Toby, tú eres el anfitrión. Atiende a tus invitados —dijo la señora Thomas a su hijo—. Por favor, Benny, quita el cerdito de tus rodillas.

—*Rizado* se pondrá muy triste si ve el jamón —dijo Toby con mucha diplomacia—. Era de su abuelo.

Benny le bajó al suelo rápidamente, temiendo herir los sentimientos de *Rizado*. El cerdito fue a sentarse junto a *Tim*, que se apartó prudentemente.

Fue una merienda muy feliz y Toby resultó ser un buen anfitrión. Ana se sentaba al lado de Benny.

—Parece el personaje de un cuento —le dijo a *Jorge*.

—Ahora, Toby, enséñales dónde pueden acampar —le dijo su

madre después de que todos hubieron comido hasta hartarse.

—Vamos —dijo Toby levantándose de la mesa.

Se dirigieron hacia la colina seguidos por Benny y su cerdito.

—¡Qué estupendo pasar la noche a pleno campo y dormir bajo las estrellas! —dijo Toby suspirando.

Capítulo IV

UN SITIO ESTUPENDO PARA ACAMPAR

En un granero cercano a la casa, Toby guardaba todo lo necesario para montar el campamento.

Julián y Dick examinaron las tiendas de lona, los clavos, los vientos y los palos. Aquellas tiendas estaban muy bien. Aunque si continuaba haciendo calor podrían echar las mantas al suelo y dormir al raso.

—Eres estupendo, Toby —dijo Julián, agradecido—. Hasta te has preocupado de proporcionarnos una olla y una sartén.

—Necesitaréis cocinar los alimentos, ¿no? —dijo Toby cogiendo la olla y colocándola sobre la cabeza de Benny para gastarle una broma.

El chiquillo comenzó a llorar y a pegar puñetazos a su hermano. El cerdito, asustado, corrió a esconderse en un rincón. Ana le quitó la olla y le dijo para consolarle:

—Es un bonito sombrero.

Pero Benny siguió llorando y aporreando a Toby.

—¡Te odio! ¡Te odio! —gritaba el niño—. ¡Por tu culpa, *Rizado* se ha vuelto a escapar!

—Pues vete a buscarlo —le dijo apartando al colérico muchachito.

Benny echó a correr tras su adorado animalito.

—Nos hemos librado de él durante un rato —dijo Toby—. Bueno, ¿tenéis velas y cerillas? —dijo investigando que no se hubieran olvidado algo importante.

—Sí —repuso Dick—. Y hemos traído los impermeables y trajes de baño. Veo que hasta has puesto un par de mantas por si tenemos

frío.

—Seguramente tendréis humedad. Vamos, os ayudaré a colocarlo en vuestras bicicletas.

Resultaba difícil hacerlo, así que Toby fue a buscar un carro de mano y lo colocaron todo allí.

—Volveremos a buscar nuestras «bicis» —dijo Julián.

—Podéis dejarlas aquí —ofreció Toby—. Ahora voy a ver si mi madre os ha preparado algo para llevaros.

—Tu madre es muy buena con nosotros. Ya lo tenemos todo en el carrito, sólo nos resta recoger la comida. Te esperamos, Toby.

Toby regresó al cabo de un momento con un enorme paquete. Benny llevaba un gran cesto con fresas y *Rizado* andaba pisándole los talones.

—Las he cogido para vosotros —dijo dándoselas a Ana.

—¡Qué hermosura! —exclamó—. Nos gustarán mucho, Benny.

—¿Puedo venir a ver vuestro campamento? ¿Puedo traer a *Rizado*? Él nunca ha visto un campamento.

—Desde luego que puedes —dijo Ana—. ¿Estamos listos, Julián? Nos falta la leche.

Toby volvió a su casa y regresó con dos grandes botellas de leche que colocaron también en la carretilla.

—Creo que ya está todo. Podemos irnos —dijo Julián.

Él y Dick empujaron el carretón hacia la puerta de la granja seguidos por los demás. *Tim* y *Binky* iban delante. Benny y *Rizado* también iban con ellos, pero Toby les hizo volver a casa.

—No puedes venir con nosotros. Será muy tarde cuando regrese.

Benny hizo un puchero, pero no se atrevió a seguirlos. Cogió a su cerdito en brazos y dio media vuelta.

—Es una monada —dijo Ana—. Me gustaría tener un hermanito así.

—Es muy bueno, pero está un poco mimado. Estoy intentando quitarle sus niñerías y caprichos y hacer de él un hombre.

—Pues me parece que pronto llegará a serlo —dijo Dick—. ¡Cómo reaccionó cuando le pusiste la olla en la cabeza! Te dio una buena tunda.

—Es muy gracioso, aunque tiene caprichos algo raros —explicó Toby—. Hace dos años tenía un cordero que le seguía a todas

partes. El año pasado, dos gansos que iban siempre con él como si fueran dos perros.

—Y ahora tiene un cerdo —dijo *Jorge*, que, como a Ana, le divertía mucho Benny.

Pasaban por un estrecho camino y el carretón saltaba y se balanceaba de un lado a otro y se necesitó la colaboración de todos para empujarlo.

—¿Estáis seguros de que no hemos llegado a la cumbre? —jadeó Toby.

—Todavía no. Queremos tener una buena vista. Podemos descansar un poco —propuso Julián.

Se sentaron a recuperar el aliento. Ciertamente desde allí se divisaba un paisaje encantador. A lo lejos se veían rojizas colinas y frente a ellas se extendían kilómetros y kilómetros de campos verdes y dorados. Verdes por el trigo y el césped; dorados por unas florecillas llamadas «botón de oro» de las que había enormes cantidades en aquella soleada tarde del mes de junio.

—¡Qué bonito! —exclamó Ana.

—¿Y qué es lo que hay allá abajo? —preguntó *Jorge* señalando lo que parecía ser un gran cobertizo.

—Es un hangar. Allí hay un campo de aviación. Es un lugar experimental. Tienen planos secretos de aviones. Lo sé porque tengo allí a un primo que es teniente.

—Pero, ¿de qué se trata exactamente? —inquirió Ana.

—Es donde ensayan nuevos tipos de aparatos.

—Me gustaría visitar este campo —manifestó Dick—. Me encantan los aviones. Cuando sea mayor volaré.

—Entonces tienes que conocer a mi primo. Puede llevarte en uno de ellos.

—Me gustaría mucho conocerle —dijo Dick suspirando.

—Ahora será mejor que sigamos andando —dijo Julián levantándose.

Ana y *Jorge* iban delante con el fin de hallar un buen sitio donde acampar y los tres muchachos empujaban el carretón.

Pero fue *Tim* quien encontró el sitio al lado de una fuente.

El agua brotaba de una roca saliente y se perdía por entre la exuberante vegetación.

—¡Mirad lo que ha encontrado *Tim*! —exclamó *Jorge*—. ¡Una fuente! ¡Acampemos por aquí!

—¡Estupendo! —dijo Julián dejando el carrito—. Éste es el sitio más a propósito para acampar: hermosa vista y agua fresca en abundancia.

Todos estuvieron de acuerdo en que el sitio era estupendo y empezaron a descargar el carrito. No levantaron las tiendas porque aquella noche querían dormir a la intemperie. Hacía tanto calor que nadie estaba dispuesto a meterse en la tienda.

Ana desempaquetó la comida y buscó un sitio fresco para hacerlo servir de despensa. Lo puso todo sobre la roca de donde brotaba la fuente y descubrió una pequeña cavidad bajo el chorro.

«En ninguna parte estará tan fresco como aquí», pensó Ana.

Ana disfrutó colocando todos los víveres en aquella improvisada alacena.

—Dile a *Tim* que no intente meter el hocico en mi despensa —le dijo a *Jorge*.

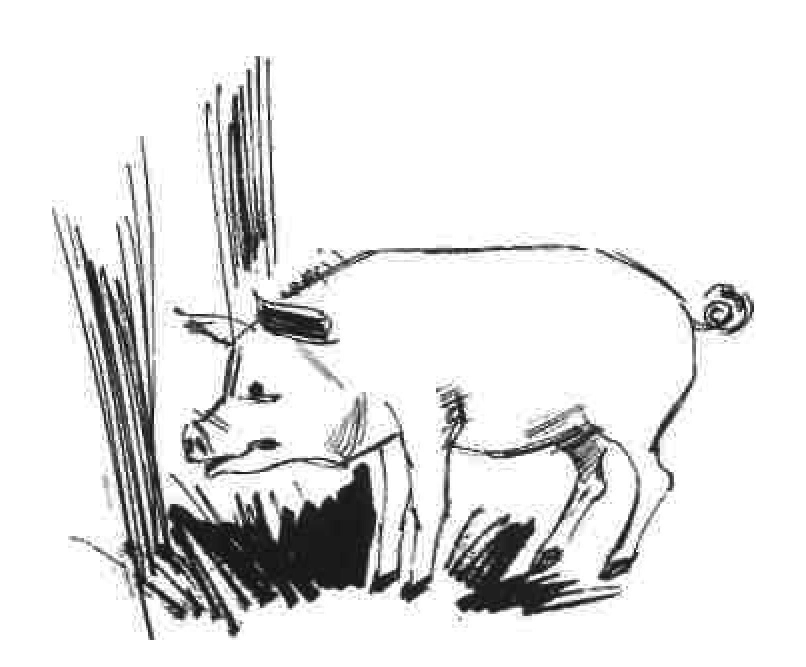
Toby tenía que marcharse porque ya era casi la hora de cenar.

—Me gustaría mucho quedarme con vosotros…, pero tengo que marcharme. ¡Hasta mañana!

Echó a correr hacia la granja seguido de *Binky*.

Los Cinco les despidieron con grandes muestras de afecto.

—Es el mejor campamento que hemos tenido —aseguró *Jorge*, muy convencida.



Capítulo V

LOS CINCO RECIBEN UNA VISITA

—¿Qué hora es? —dijo Julián mirando su reloj—. ¡Cielos! Son casi las ocho. ¿No estáis cansados?

Todos dijeron que estaban fatigados, incluso *Tim*, que se agregó a la opinión general lanzando un breve y penetrante ladrido.

—Será mejor que cenemos en seguida y nos vayamos a dormir —dijo Dick.

—Ana, ¿qué sugieres para una cena rápida y sencilla?

—Pan con mantequilla y queso —repuso la interpelada con prontitud—. También hay tomates y leche y, como postre, las fresas que nos regaló Benny.

—No está mal —dijo Julián—. Ana y *Jorge* pueden preparar la cena y Dick y yo arreglaremos las camas. Tengo ganas de descansar.

—Yo también —dijeron los demás.

La hierba resultó tan blanda y esponjosa como el mejor colchón.

—Dormiremos como leños —dijo Julián mientras colocaban las mantas en el suelo.

—¡Ana! ¡*Jorge*! Traed la cena aquí. Hemos encontrado un sitio maravilloso. Mirad qué hierba tan estupenda.

Las chicas se dirigieron allí con la comida. Ana llevaba la leche y el queso; *Jorge*, el pan, la mantequilla y los tomates, y *Tim* se había preocupado del paquete que contenía sus galletas.

Los Cinco cenaron muy felices sentados en el suelo, mientras el sol desaparecía lentamente en el horizonte.

Las noches ahora eran muy claras y no necesitaron velas. Así que terminaron de cenar fueron a lavarse a la fuente y en seguida se tendieron sobre las mantas.

Pronto se quedaron todos dormidos, menos Ana, que permaneció despierta durante unos minutos contemplando la estrella vespertina que brillaba en el cielo.

«No quisiera crecer —pensó—. No puede haber nada en el mundo tan bonito como esto».

Al cabo de un rato el sueño la venció. La noche descendió lentamente y las estrellas parpadeaban en el firmamento. Ningún ruido turbaba aquella paz. Sólo se oía el gorgoteo del agua y un lejano ladrido.

No había que esperar que *Tim* permaneciera despierto toda la noche velando por los muchachos, pero se durmió con una oreja alzada para captar cualquier ruido.

De pronto se levantó de un salto. Había oído un extraño chillido. Levantó la cabeza y vio un pequeño murciélago que volaba trazando círculos. ¡Era la hora en que salían estos animalitos para dar caza a los insectos! *Tim* resopló y volvió a acomodarse para seguir durmiendo. ¡Mira que haberle despertado un inofensivo animalito!

Durmieron tranquilamente hasta bien entrada la mañana. Entonces les despertó el ruido del motor de un avión que volaba muy bajo. ¡R-r-r-r-r-r! ¡R-r-r-r-r-r! ¡R-r-r-r!

Se incorporaron aturdidos y miraron al cielo.

—Debe de ser del campo de aviación —dijo Julián—. ¡Eh! ¡Muchachos! Son las nueve. Hemos estado durmiendo más de doce horas.

—Bueno, pues yo voy a dormir un rato más —dijo Dick echándose de nuevo sobre la manta y cerrando los ojos.

—Es un día demasiado hermoso para desaprovecharlo durmiendo —dijo Julián dándole un empujón—. Y vosotras, muchachas. ¡Arriba!

—Este dichoso avión nos ha despertado a todos —dijo *Jorge* frotándose los ojos—. *Tim* no está. Debe de haber ido a cazar conejos.

—Vamos a la fuente a lavarnos —dijo Ana levantándose—. *Jorge* y yo haremos el desayuno.

El sol brillaba en el cielo azul y soplaba una ligera brisa que refrescaba el ambiente.

Hicieron fuego e hirvieron unos huevos. Completaron el desayuno con pan, mantequilla y leche fresca.

En esto, *Tim* empezó a ladrar y a mover frenéticamente la cola de un lado a otro. En seguida adivinaron que llegaba Toby y su perro. Al primero que saludó *Binky* fue a *Tim* y saltó a su alrededor para darle algún lametón.

—¡Hola! —gritó Toby—. ¿Habéis pasado buena noche? Ya es muy tarde para estar desayunando. Sois unos dormilones. Yo me he levantado a las seis y he ordeñado las vacas, he limpiado el corral, he dado de comer a las gallinas y he recogido los huevos.

Los muchachos se sintieron muy avergonzados y contemplaron a Toby con verdadera admiración.

—Os he traído leche, pan, huevos y pastel —dijo colocando un cesto en el suelo.

—Tenemos que pagarte por lo que nos diste ayer y por lo de hoy. ¿Cuánto te debemos? —preguntó Julián.

—Mi madre dice que no tenéis que pagarle nada. Yo sugiero que me paguéis a «mí» y pondré el dinero en una caja para comprarle un regalo. ¿Qué os parece?

—Es una excelente idea —repuso Julián—. De otro modo no podríamos aceptar alimentos. Haremos lo que tú dices. Ahora dinos lo que te debemos.

—Os haré precio al por mayor —dijo Toby con aire de hombre de negocios—. Haré la cuenta mientras vosotros arregláis lo que os he traído.

Las muchachas lo sacaron del cesto y fueron colocándolo en la despensa. Entre tanto, Toby presentó la cuenta a Julián, que la pagó en seguida.

—Así da gusto hacer negocios —manifestó—. ¿Qué vais a hacer hoy? Podemos ir a explorar las cuevas, o visitar la casa de las mariposas, o venir a mi casa.

—No me apetece ver cuevas oscuras en una mañana tan soleada como la de hoy —objetó Julián—. ¿Qué podremos hacer, chicas?

Pero antes de que pudieran decidir, *Binky* y *Tim* empezaron a ladrar y se dirigieron hacia un macizo de arbustos.

—¡Busca! ¡Busca, *Tim*! —le azuzaba *Jorge*.

Los perros se metieron entre los matorrales y los niños oyeron

una exclamación de sorpresa.

—¿Qué hay, *Binky*? —dijo una voz que procedía de aquellas matas.

—Es el señor Gringle —explicó Toby—. Uno de los propietarios de la casa de las mariposas. Sube aquí con la red porque es un sitio estupendo y encuentra muchas.

En aquel momento apareció un hombre con una estampa peculiar: iba bastante desaliñado, usaba gafas que se le apoyaban en la punta de la nariz y llevaba el pelo muy largo. En su mano sostenía un caza-mariposas. Cuando vio a los cinco muchachos, se detuvo sorprendido.

—¡Hola! —les saludó—. ¿Quiénes son, Toby?

—Son amigos míos, señor Gringle —contestó Toby—. Permítame presentárselos: Julián, Dick, Ana, *Jorge* y su perro *Tim*.

—Mucho gusto en conoceros —les dijo haciendo una inclinación —. Tres chicos y una chica: buen equipo. ¿Vais a hacer el fuego de campamento?

—No lo hemos pensado aún —dijo *Jorge*, que estaba encantada de que la hubiesen confundido con un chico—. ¿Podríamos ver sus mariposas? ¡Nos gustaría tanto…!

—Desde luego que sí, mi querido muchacho, desde luego que sí —dijo el señor Gringle, y sus ojos relucieron de contento—. No tenemos muchos visitantes, así es que cuando viene alguien, es un gran acontecimiento.



Capítulo VI

LA CASA DE LAS MARIPOSAS

El señor Gringle empezó a bajar la colina por un pequeño sendero seguido de nuestros amigos. A medio camino oyeron unos chillidos y una excitada vocecita que gritaba:

—¡Toby, estoy aquí! ¿Puedo ir con vosotros?

—Es Benny y su cerdito —dijo Ana.

Tim olfateó a *Rizado* de arriba abajo: de la punta de su hocico, al final de su rizada cola, pensando todavía que se trataba de un extraño perrito.

—¿Qué estás haciendo aquí arriba? —inquirió Toby con aire severo—. Ya sabes que no puedes alejarte tanto de casa. Cualquier día te vas a perder, Benny.

—*Rizado* se escapó —dijo mirando a su hermano con los ojos muy abiertos.

—Y tú sabías que estaba «precisamente» aquí, ¿no? —dijo Toby con ironía.

—*Rizado* se escapó —repitió Benny a punto de echarse a llorar.

—Eres un granuja. Tienes al cerdito como excusa para hacer lo que te da la gana. Espera a que se entere papá. Te dará una zurra. Bien, sigamos el camino, y si *Rizado* se escapa… ¡déjalo escapar!

—Lo llevaré yo —dijo Benny cogiéndolo en brazos, pero en seguida tuvo que bajarlo al suelo porque el animalito pateaba furiosamente.

—¿A sus mariposas les asustan los cerdos o los perros? —preguntó el pequeño.

—No hagas preguntas idiotas, Benny —le riñó su hermano—. ¡Mire, señor Gringle! —dijo cogiéndole del brazo—. Mire qué

mariposa tan rara.

—Es una vulgar mariposa parda —dijo el señor Gringle fríamente—. Un tipo muy común, por cierto. ¿Es que no os lo enseñan en la escuela?

—Usted puede darnos lecciones sobre las mariposas de la col, y la polilla de la coliflor, y los rojos almirante, y los capitanes azules, y la mariposa-pavo real, y la polilla-avestruz, y…

—No seas burro, Toby —le interrumpió Julián, viendo que al señor Gringle no le hacía gracia la broma—. ¿Hay muchas mariposas raras por aquí?

—Ciertamente —repuso—. Hay de todas clases y puedo coger muchas para mi colección. Una mariposa significa cientos de huevos y nosotros los vendemos, ¿sabéis?

De pronto se volvió rápidamente golpeando a *Jorge* sin querer.

—Lo siento, muchacho —se disculpó—. Hay una «Argus parda» allí. Es un hermoso ejemplar. La primera que he visto este año. Estaos quietos, por favor.

Los niños (y los perros también) permanecieron inmóviles viéndole cómo iba de puntillas hacia una pequeña mariposa de color oscuro, que se hallaba posada sobre una flor con las alas extendidas. Con un veloz movimiento lanzó la red sobre la planta y en un instante tuvo en su poder al insecto. Recogió la red con sumo cuidado y enseñó a los chiquillos la frágil criatura.

—Es una hembra «Argus parda», de la familia de las mariposas azules que veis en verano. Pondrá infinidad de huevos que se convertirán en orugas y…

—Pero ésta no es azul —dijo Ana—. Es marrón oscuro y tiene puntos de color naranja en las alas.

—Pero pertenece a la familia de las mariposas azules —dijo el señor Gringle tomándola con cuidado y metiéndola en una caja de hojalata—. Probablemente vino de uno de aquellos campos de heno.

—¡Rápido, señor Gringle! —gritó *Jorge*—. ¡Mire qué bella es! ¡Cójala!

Jorge señalaba hacia una mariposa que tenía las alas de color verde oscuro punteadas de rojo y por detrás eran de color rojo con los extremos verdes.

—Me parece que no es una mariposa —dijo el señor Gringle preparando su red.

Al cabo de un instante el pequeño insecto rojo y verde revoloteaba sorprendido entre las mallas de la red.

—Es una polilla —dijo el hombre.

—Pero si las polillas no vuelan de día —objetó *Jorge*.

—¡Diablos! ¿Cómo son los muchachos de hoy en día? En mi juventud todos los chicos sabían que hay polillas nocturnas y diurnas.

—Pero… —empezó *Jorge*, pero se interrumpió cuando el señor Gringle le lanzó una mirada feroz.

—Ésta es la polilla diurna llamada «Pimpinela Escarlata» —dijo hablando como si diera una conferencia—. Le apetece volar con el calor del sol. No me gusta la ignorancia sobre estas cuestiones.

Jorge le echó una mirada agresiva, pero Dick la tocó con el codo y le dijo en voz baja:

—Él tiene razón, cabezota. No digas nada más o no nos dejará ir a su casa.

—Me gustaría encontrar dos o tres más de éstas.

Todos empezaron a buscar por todas partes y *Tim* y *Binky* también investigaron por su cuenta. No estaban muy seguros de lo que estaban buscando, pero se sentían felices a pesar de todo.

El señor Gringle se tomó mucho tiempo antes de ir a la casa de las mariposas. Hubo tantas paradas para ver esto o aquello, hizo tantas pausas para examinar los ejemplares que cogía, que los muchachos empezaban a cansarse.

—¿Dónde pone las mariposas que caza? —preguntó Julián.

—En unos invernaderos —contestó el señor Gringle—. Vamos, os los enseñaré. Mi amigo, el señor Brent, no está en casa, así que hoy no le podréis conocer.

Cuando llegaron vieron que se trataba de un extraño lugar. La casa parecía que iba a caerse de un momento a otro. Dos de las ventanas estaban rotas y las ramas de un tilo se habían caído sobre el tejado. Pero los invernaderos estaban en buenas condiciones y tenían los cristales limpios. Evidentemente sus propietarios pensaban más en las mariposas que en ellos mismos.

—¿Viven ustedes solos aquí? —preguntó Dick con curiosidad.

—No; la señora Janes cuida de nosotros y su hijo limpia los cristales de los invernaderos y hace alguna pequeña reparación. La señora no puede soportar los insectos, así que nunca va a los invernaderos. Mirad, allí está.

Una anciana, de extraño aspecto, atisbaba a través de una de las ventanas de la casa.

Ana se asustó al verla y Toby le dijo para tranquilizarla:

—No temas, es inofensiva. Nuestra cocinera la conoce. La señora Janes no tiene dientes y siempre gruñe.

—No me gusta cómo mira —dijo Ana acercándose a una de las jaulas de mariposas.

Había cientos de ellas. Algunas estaban en pequeños compartimentos solas o emparejadas con otra.

Los niños vieron una especie de bolsas de muselina cerradas con un nudo en uno de los extremos.

—¿Qué hay en esas bolsas? —preguntó Dick—. ¡Oh! ¡Están llenas de orugas…!

El señor Gringle abrió una para que las pudiesen ver mejor.

—Estas orugas se alimentan de una planta especial.

Los niños contemplaron las orugas verdes con puntos rojos y amarillos que comían vorazmente.

El señor Gringle desató otra bolsa y les enseñó unas orugas gigantes que tenían al final de la cola un curioso cuerno negro.

—Éstas son las orugas llamadas «Halcón» —les dijo.

Julián y Dick inclinaron la cabeza para verlas.

—¿Por qué se llaman así? —preguntó Ana.

El señor Gringle miró interesado a Ana, pensando que ésta era una pregunta inteligente.

—¿No has visto nunca volar una mariposa «Halcón»? —preguntó —. Vuela igual que un pájaro que tiene este mismo nombre, ¿sabes?

La casa de las mariposas era muy interesante y los niños pudieron admirar toda clase de orugas, mariposas y polillas, y maravillarse ante la colección de larvas y capullos de gusanos de seda que el señor Gringle guardaba cuidadosamente en cajas esperando que surgiera el insecto alado.

—Como si fuera magia —murmuró el señor Gringle—. Algunas veces me siento como si fuera un mago, y mi red, una varita

mágica.

Los niños se quedaron impresionados al oír estas palabras.

—Hace mucho calor aquí —dijo Julián—. Salgamos fuera. Tenemos que marcharnos. Adiós, señor Gringle, y muchas gracias.

Salieron y aspiraron profundamente el aire fresco. De pronto se sobresaltaron al oír detrás de ellos una voz que parecía un graznido.

—¡Fuera de aquí! —dijo la voz—. ¡Fuera!

Capítulo VII

LA SEÑORA JANES. UNA ARAÑA. EN LA LAGUNA

Los niños se volvieron y vieron a una mujer de extraño aspecto, con mechones de pelo gris colgando sobre su frente.

—¿Qué pasa, señora… señora Janes? —dijo Julián recordando afortunadamente el nombre—. No estamos haciendo nada malo.

—A mi hijo no le gustan los extraños —contestó la señora Janes, en voz tan baja que los niños apenas pudieron oírla.

—Pero esta casa pertenece al señor Gringle —dijo Dick, confundido.

—Yo digo que mi hijo no soporta extraños —insistió la vieja.

A *Tim* no le gustó esto y comenzó a gruñir.

La mujer le apuntó con el dedo y murmuró una larga retahíla de misteriosas palabras que hicieron estremecer a la pequeña Ana.

Tim se portó de una extraña forma: bajó la cola, paró de gruñir y se escondió detrás de *Jorge*, que le miraba atónita.

—Parece como si hubiera hechizado al pobre *Tim* —dijo Dick.

Jorge tomó al perro por el collar y escapó seguida de Ana.

Los chicos se rieron y *Binky* echó a correr tras *Tim*.

—Su hijo no está aquí ahora —replicó Toby a la extraña anciana —. Entonces, ¿por qué nos echa usted?

En los ojos de la vieja aparecieron dos lágrimas:

—Me reñirá —sollozó—. Me retorcerá el brazo. ¡Marchaos! Si viene os perseguirá. Mi hijo es malo…

—Debe de estar loca —dijo Toby a los demás—. Nuestra cocinera dice que su hijo no es malo. Es muy hábil y nosotros lo empleamos en la granja alguna vez, para reparar los tejados y cosas por el estilo. Es mejor que ahora nos marchemos.

—¿Cómo es el amigo del señor Gringle? —preguntó Julián.

—No lo sé —repuso Toby—. No lo he visto nunca. Está fuera la mayor parte del tiempo.

—Me gustaría ver otra vez la casa de las mariposas, pero el señor Gringle me pone nervioso —dijo Dick.

Llegaron donde estaban las chicas y Julián se burló de *Jorge*.

—Creíste que *Tim* estaba embrujado y que se transformaría en un escarabajo…

—Claro que no —dijo *Jorge* poniéndose encarnada—. Pero no me ha gustado mucho que le apuntara de aquella manera con el dedo.

—Así que os marchasteis, la señora Janes empezó a llorar y dijo que su hijo la reñiría y le retorcería el brazo si no nos marchábamos de allí.

—No quiero volver allí —dijo *Jorge*—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Subir a nuestro campamento y hacer la comida —propuso Julián—. Ven con nosotros, Toby.

No tardaron mucho en llegar. Todo estaba tal como lo habían dejado. Ana fue a la «despensa» a preparar la comida.

Toby estaba en uno de sus momentos bromistas y se rieron mucho con sus chistes, pero la broma que tuvo más éxito fue la de una gran araña de mentirijillas que movía las patas como si fuera de verdad.

Mientras Ana y *Jorge* estaban en la «despensa», los chicos ataron aquel repugnante bicho a un finísimo hilo.

—Esperad a que Ana vea esto —dijo Dick sonriendo divertido—. *Jorge* dice que «ella» no tiene miedo a las arañas, pero cuando vea ésta tan grande…

Ana no la vio hasta que estuvo comiendo las fresas. La brisa sacudió el hilo que colgaba justamente sobre la cabeza de *Jorge* y Ana dio un chillido.

—¡Oooooooh! ¡*Jorge*, hay una araña monstruosa sobre tu cabeza!

—¿*Jorge* asustándose de una araña? —dijo Toby en son de burla —. ¡Cómo si fuera una chica!

Jorge le dirigió una mirada feroz.

—No me dan miedo —dijo fríamente.

—Me alegro de que no te asusten —repuso Toby—. Si no fuera así tendría que llamarte Georgina. ¿No es éste tu verdadero nombre?

—¡Muévete, *Jorge*! —gritó Ana volcando las fresas en su agitación—. ¡Es enorme! Debe de ser una tarántula…

El viento sopló con más fuerza y la araña se movió de tal manera que parecía real. Hasta Dick se alegró de que no fuera de verdad. *Jorge* no pudo resistir la tentación de mirar hacia arriba, aparentando serenidad, pero cuando la vio, salió disparada y aterrizó sobre las piernas de Toby, haciéndole verter las fresas.

—Vamos… vamos… Georgina. Dijiste que no te daban miedo las arañas. La apartaré para que no te asuste más y puedas volver a su sitio.

—¡No la toques…! ¡Uff! —exclamó Ana con disgusto, pero Toby, poniendo cara de valiente, cogió la araña por el hilo y la dejó colgando tan cerca de Ana que ésta se levantó de un salto.

Entonces Toby la hizo «andar» sobre la rodilla de Dick. *Tim* y *Binky* fueron a investigar de qué se trataba y la olieron, rompiendo el hilo del cual colgaba.

—¡Fuera de aquí! Vais a estropear mi linda araña domesticada.

—¿Está «domesticada»? —preguntó Ana con horror.

—Más o menos —dijo Toby colocándola en su bolsillo.

—Ya está bien, Toby. La broma ha terminado —dijo Julián.

—¿Una broma…? ¡Una broma! Me las pagarás, Toby —exclamó *Jorge*—. Yo no le llamo a esto una broma, yo le llamo un cochino engaño. Tú sabías que Ana odia las arañas…

—Vamos a cambiar de tema —dijo Dick interviniendo—. ¿Qué haremos esta tarde?

—Me gustaría tomar un baño —dijo Julián—. Si fuéramos a Kirrin pasaríamos la tarde en el mar.

—No quiero que «vayamos» a Kirrin —dijo *Jorge* sombríamente.

—Si queréis tomar un baño os llevaré hasta una laguna —propuso Toby, deseoso de hacerse otra vez popular.

—¿Dónde hay una laguna? —preguntó Dick con avidez.

—¿Veis aquellos dos o tres riachuelos? —dijo Toby señalando unos arroyos que bajaban por la ladera—. Todos desembocan en

una gran laguna que no está lejos del campo de aviación.

—Estupendo —dijo Julián—. Pero no nos podemos bañar en seguida después de comer. Las chicas querrán hacer un poco de limpieza y guardar los alimentos que han sobrado. Nos sentaremos y esperaremos a que ellas hayan terminado.

Todos estuvieron de acuerdo y las muchachas se apresuraron a lavar los platos y guardar los restos de comida.

—Si Toby tiene algún otro truco idiota como éste le… le… —dijo *Jorge* a Ana—. Voy a meterle la cabeza bajo el agua un buen rato.

Descansaron y luego todos emprendieron la marcha, no sin antes haberse ocupado de buscar los trajes de baño.

—Menos mal que los trajimos —dijo Julián—. No te trajiste bañador, ¿verdad, Toby?

—Pasaremos cerca de mi casa e iré a buscarlo. No tardaré ni cinco minutos.

Bajaron hasta el campo de aviación, pero no vieron ni un solo aparato. Parecía todo muy solitario y tranquilo.

—Esperad a que empiecen los experimentos con el nuevo tipo de avión… Ya oiréis ruido entonces. Son tan rápidos que rompen la barrera del sonido.

—¿Tu primo nos dejaría visitar el campo? Me gustaría mucho. A las muchachas no les interesa, pero a Dick y a mí nos agradaría muchísimo.

—A «mí» me interesa tanto como a vosotros —dijo *Jorge*.

—Pero tú eres una «muchacha»… —observó Toby con ironía—. Las chicas no entienden nada de aviones… ni tampoco de arañas. No creo que te interesara gran cosa, Georgina querida…

—Yo «no» me llamo Georgina —dijo *Jorge*, furiosa—. Y no me llames «querida».

—¡Callaos! —interrumpió Julián—. Es una tarde demasiado bonita para pelearos. Mira, Toby, allí está tu granja. Te esperamos.

Toby echó a correr mientras los otros iban andando hacia un pinar. ¡Qué bien poderse bañar en una laguna!

Toby era un buen corredor, puesto que antes de que ellos alcanzaran el bosquecillo de pinos, él estaba ya allí con su bañador sobre los hombros. Llegaba tan falto de aliento que apenas podía

hablar.

—La laguna está allá arriba, pasado el bosque —dijo jadeante.

Por fin llegaron. Era una laguna grande, bordeada de árboles y alta hierba. Los chicos se acercaron alegremente, pero de pronto advirtieron un gran letrero clavado en un árbol con estas palabras:

PROHIBIDA LA ENTRADA.
PELIGRO. PROPIEDAD PRIVADA

—¿«Qué» significa esto? —preguntó Dick con voz desmayada.

—No os deis por enterados. No significa nada —repuso Toby.

Pero sí significaba algo. Y pronto lo descubrirían…



Capítulo VIII

UN LUGAR DESAGRADABLE

—¿Qué quieres decir con esto de que no significa nada este cartel? —preguntó Julián, sorprendido—. Entonces, ¿por qué lo han puesto ahí?

—Hay muchos como éste alrededor del campo de aviación —dijo Toby alegremente—. Dicen «prohibida la entrada» o «peligro», pero no hay peligro. Sólo son aviones, no hay fusiles, ni bombas, ni nada de eso.

—Sería mejor que preguntases a tu primo «por qué» ponen estos carteles. Debe haber «alguna» razón.

—Deben de estar ahí desde hace un montón de años. Ahora ya no significan nada. Podemos bañarnos tranquilamente y hacer lo que queramos —les tranquilizó Toby.

—Espero que sepas lo que estás diciendo —dijo Julián—. No tiene ningún sentido andar colocando por ahí carteles que no signifiquen nada.

—Bueno, vamos a bañarnos —dijo Dick—. Vosotras os ponéis el bañador tras aquellos matorrales. Os esperamos aquí.

Cuando todos tuvieron puestos los trajes de baño, se zambulleron en el lago, que era profundo, y el agua estaba deliciosamente fría. Los perros siguieron a los chicos y se pusieron a nadar. *Tim* estaba tan contento que exteriorizó su alegría dando unos cuantos ladridos.

—¡Cállate! —le riñó Toby.

—¿Por qué ha de callarse? —preguntó *Jorge* nadando hacia él.

—Porque pueden oírle.

—¿Y qué? Tú dijiste que podíamos bañarnos. Que no nos pasaría

nada viniendo aquí —le gritó *Jorge*, y se sumergió bajo el agua, agarrando a Toby por las piernas y tirando de él hacia abajo.

El chico dio puntapiés y luchó bravamente, pero *Jorge* tenía mucha más fuerza y le dio una buena zambullida. Toby volvió a la superficie con la cara como un tomate.

—Esto va por lo de la araña —dijo *Jorge*, y se alejó nadando.

Toby se dispuso a perseguirla y dieron la vuelta a la laguna mientras los otros se reían alegremente.

—*Jorge* sabe nadar mejor que los muchachos —dijo Dick—. Ha dado un buen escarmiento a Toby. Seguro que ya no le gastará más bromas pesadas.

Tim empezó a ladrar cuando vio que perseguían a su amita y *Binky* le hizo coro, armando entre los dos una algarabía.

—¡Para de ladrar! —le gritó Toby a su perro.

Antes de que *Binky* obedeciera, ocurrió algo.

Oyeron una voz estentórea que les decía:

—¿Qué diablos estáis haciendo ahí? ¿No habéis visto el letrero?

Los perros dejaron de ladrar y los niños, sorprendidos y asustados, buscaron con la vista quién era el que profería tales gritos.

Por fin lo vieron en la orilla, gesticulando. Llevaba el uniforme de las Fuerzas Aéreas. Era un hombre alto, corpulento y rojo de cara.

—¿Qué sucede? —preguntó Julián nadando hacia él—. No estamos haciendo nada malo. Sólo nos bañábamos.

—¿No habéis visto el letrero? —dijo el hombre.

—Sí, pero no creímos que hubiese peligro —dijo Julián deseando en aquel momento no haber hecho caso a Toby.

—¡Salid de ahí inmediatamente! —bramó el hombre.

Todos salieron del agua, incluso los perros, que se sacudieron echando recelosas miradas al hombre. Ana temblaba de miedo.

—Veo que sólo sois unos chiquillos —dijo ya más tranquilizado —. ¿Sois turistas?

—Los turistas no vienen aquí —dijo Toby.

—Ni tampoco los niños juiciosos —replicó el hombre—. Otras veces he tenido dificultades con otras personas. No hagáis imprudencias andando cerca de los hangares.

—He venido a ver a mi primo, el teniente Thomas —se excusó Toby—. No estoy espiando. Le digo a usted que sólo he venido a ver a mi primo.

—Pues ya le hablaré de ti y le diré que te dé una buena regañina. Tenemos órdenes estrictas. Hay letreros por todas partes.

—¿Es que se trata de algo secreto? —preguntó Toby.

—Como si yo fuera a contártelo —dijo el hombre, enfadado—. Iros lejos donde yo no os vea… No tenéis nada que hacer por aquí. Si por mí fuera, dejaría venir a todo el mundo. Pero órdenes son órdenes.

Julián pensó que había llegado el momento de intervenir. El hombre cumplía con su deber y Toby se había portado como un estúpido al haberles dicho que podían bañarse allí.

—Le pedimos disculpas —dijo con su clara y agradable voz—. No volveremos, se lo prometo. Lamento haberle hecho venir hasta aquí para avisarnos.

El guarda miró a Julián con respeto. Había algo en aquel muchacho que gustaba a la gente. Ahora estaba seguro de que el culpable había sido Toby.

—Está bien. Siento haber interrumpido vuestro baño. Y si este pícaro muchacho —dijo señalando a Toby— quiere pedir permiso al teniente Thomas para bañarse en esta laguna, por mí puede hacerlo. Echaré a correr en dirección contraria cuando oiga los ladridos de vuestros perros.

—Muchas gracias —dijo Julián—. ¡Adiós!

—¡Adiós! —dijo el hombre saludándolos militarmente.

Toby estaba verdaderamente avergonzado, pero intentaba justificarse.

—¿Por qué vino a enredar y a estropearnos el baño? Él «dijo» que no había ningún secreto, entonces por qué…

—¡Oh, cállate ya! —dijo Dick—. Ha dicho que «órdenes son órdenes».

—No vamos a seguir hablando de ello —dijo Julián en tono severo—. Has cometido una tontería, Toby. Eso es todo. Ahora vamos a tu casa a buscar más comida. Tengo un hambre de lobo.

Toby se sentía mortificado y miró a *Jorge* para ver si estaba contenta por su fracaso, pero ella era una niña que no se alegraba

del mal ajeno y el chico se sintió aliviado.

—Preguntaré a mi primo si nos da permiso para bañarnos en la laguna.

—Es mejor que no lo hagas —dijo Julián—. Pero me gustaría conocerle.

—Puede subirnos a un avión —dijo Toby, esperanzador—. ¡Oh, mirad! Ya está aquí otra vez Benny y su cerdito…

—Os he venido a buscar porque mi madre dice que vayáis a tomar el té —dijo Benny jadeando.

—Tienes una mamá estupenda —dijo Ana tomándole de la mano —. ¿Por qué no pones el cerdito en el suelo? Debe de pesarte mucho.

—Se escapará —dijo Benny severamente—, por eso lo llevo en los brazos.

—Ponle una cuerda atada al cuello —sugirió Dick.

—No tiene cuello.

Realmente el cerdito no tenía cuello. Era tan rollizo que su cabeza se juntaba con el cuerpo.

Los chicos se dirigieron a la granja por un estrecho sendero. Iban caminando uno detrás de otro y *Rizado* corría delante de todos dando chillidos. *Tim* enderezaba las orejas cada vez que el cerdito gritaba y se sentía muy apenado porque creía que le dolía la barriga a aquel estrambótico animal.

La señora Thomas los vio a través de la ventana y salió a recibirlos.

—Pensé que os gustaría tomar el té en casa. Pasad, tengo una visita que os gustará.

—¿Quién es? —preguntó Toby, y se quedó parado en la puerta con la boca abierta—. ¡Eh! ¡Es el primo Jeff! Venid, muchachos, ha venido mi primo, el teniente Thomas. Primo Jeff, he aquí a mis amigos: Julián, Dick, Ana, Georgina… quiero decir *Jorge*… y *Tim*.

Primo Jeff estaba de pie sonriéndoles. Era un hombre joven, alto y muy bien parecido. Les gustó mucho a los Cinco. Todos envidiaron a Toby. No era de extrañar que presumiera tanto.

—¡Hola! —saludó Jeff—. Me alegro de conoceros a todos. ¡Eh! Mirad ese perro…

Todos vieron como *Tim*, que estaba delante del primo, levantaba

la pata y se la ofrecía muy serio.

—¡Guau! —ladró, lo cual quería decir: ¡Chócala!

—¿Cómo estás? —le dijo el primo Jeff, estrechándole la pata.

Jorge estaba asombrada:

—¡Qué cosa tan sorprendente! *Tim* nunca ha hecho esto. Quiere decir que usted le ha gustado muchísimo.

Capítulo IX

EL PRIMO JEFF

—Me gustan los perros —dijo acariciando la cabeza de *Tim*—. Éste es muy listo, ¿verdad?

Jorge asintió con la cabeza, complacida. Ella quería a la persona que elogiaba a *Tim*.

—Es muy inteligente. Puede llegar a ser muy fiero si cree que alguien nos va a atacar. ¡Mire! Le ofrece la pata otra vez. ¿No es divertido?

Jeff de nuevo le estrechó la pata y entonces *Tim* se sentó a su lado como si le considerara su dueño. *Jorge* no recordaba cosa igual. Ella ya quería al primo Jeff tanto como a *Tim*.

—Cuéntenos algo sobre el campo de aviación —rogó Dick—. Nunca hay nadie. Es algo raro, ¿no?

—El comandante en seguida se entera de quién ha estado por ahí. Bueno, os diré que… hemos tomado las máximas precauciones.

—¿Quiere usted decir que ya saben que «hemos estado allí»? —preguntó *Jorge*.

—Naturalmente —repuso Jeff riéndose—. A estas horas ya habrán descubierto quiénes sois y qué intenciones teníais. Supongo que os habrán estado vigilando sin que os dierais cuenta.

—¿Vigilando? ¿Cómo, quién, dónde, por qué?

Dick hizo todas las preguntas precipitadamente, pero Jeff negó con la cabeza y le contestó:

—Lo siento, pero no puedo decir nada. De todos modos, no tenéis por qué preocuparos. «Todo» va bien.

La señora Thomas llamó a las chicas para que le ayudaran a servir el té. Trajeron las tazas y los platos y mientras tanto los

muchachos hablaron con el primo Jeff y le hicieron preguntas sobre aviones.

—¿Nos subirás algún día en uno de ellos? —preguntó Toby, por fin.

—No creo que esté permitido. Veréis, los aviones que hay allá son un poco especiales y no se puede ir de paseo con ellos porque…

—Comprendemos —dijo Julián apresuradamente, temiendo poner en un compromiso al amable joven—. ¿Cuándo volará? ¿Podremos verle desde nuestro campamento?

—Podréis verme con prismáticos —dijo Jeff—. Os diré el número de mi avión. Está pintado bajo las alas.

—Le haremos señales —dijo Dick entusiasmado.

Ya estaba preparada la merienda y Benny andaba por allí con su cerdito bajo el brazo, que puso en la cesta del gato, donde se quedó tranquilamente dormido.

—¿Y al gato no le importa? —preguntó *Jorge*.

—Creo que no —repuso la señora Thomas—. El año pasado ocuparon el cesto dos gansos, y el anterior…

—Un cordero —dijo Toby.

—*Tinky*, la gata, tiene muy buen carácter. No se enfada nunca.

La merienda transcurrió felizmente y Toby gastó alguna de sus bromas. Puso una cucharada de azúcar en los rábanos de Ana y una de sal en las fresas de *Jorge*.

Ambas muchachas estaban tan interesadas escuchando al primo Jeff que no se dieron cuenta y Toby casi se cae de la silla de tanto reírse cuando vio la cara que ponían.

—Ha sido Toby —dijo *Jorge*, furiosa por haberse dejado engañar —. ¡Espérate y verás!

Pero como el primo Jeff estaba hablando sobre cosas muy interesantes, hubo que dejar la venganza para después.

Los ojos de Toby brillaban de alegría. Volar era su gran pasión y deseaba hacerlo tan pronto como fuera posible.

Benny no escuchaba. A él le interesaban más los animales que los aviones. Cuando acabó de comer fue a ver a su cerdito.

—*Rizado* se ha escapado otra vez —le dijo a su madre tocándole el brazo—. Ha ido hacia el bebedero de los caballos.

—Ya te dije que no fueras por allí —le advirtió su madre—. La

última vez te caíste dentro.

—Pero *Rizado* ha ido allí y tengo que ir a buscarle. Es mi cerdito —dijo Benny con sus grandes ojos muy abiertos.

—Está bien; zurraré a *Rizado* si va a los sitios que yo te he prohibido ir. No quiero que seas desobediente. ¿Está claro?

Benny quedóse pensativo, con la cara muy seria, ignorando a todos los demás. Ana le miró regocijada. ¡Qué bien tener un hermanito como él!

—Tengo que marcharme —dijo Jeff cuando acabaron de tomar el té—. Tus meriendas, tía Sara, parecen cenas. Tengo suerte de estar destinado a un lugar tan cerca de tu casa. ¡Adiós a todos! ¡Adiós, *Tim*!

Fueron hasta la puerta a despedirse y Benny vigilaba a ver si veía a su cerdito.

—¿Os gusta? ¿Verdad que es extraordinario? —dijo Toby con orgullo cuando el apuesto aviador se alejó—. Debe ser uno de los aviadores más inteligentes del mundo. ¿No os parece?

—Yo creo que sí —dijo Dick—. Tienes mucha suerte, Toby.

—Ahora es mejor que volvamos a nuestro campamento —dijo Julián.

Toby salió a prepararles un poco de comida para que se la llevaran y en aquel momento apareció Benny con *Rizado* andando entre sus pies.

—¿Ya le encontraste? —preguntó Toby.

Benny asintió con la cabeza, y preguntó, anhelante:

—Si va al campamento, ¿podré subir a buscarlo?

—No debes hacerlo —dijo Dick, poniéndose serio.

Benny quería ir donde ellos estaban y después decir que *Rizado* había ido hasta allí y que él había subido a por el cerdito. Dick lo adivinó y le dijo:

—Podrías perderte si te alejas demasiado.

Benny no contestó y echó a andar con su cómico animalito corriendo delante de él.

Ayudaron a empaquetar la comida que les trajo Toby y, después, los Cinco se pusieron en camino hacia su campamento. Dejaron a Toby porque tenía trabajo en la granja. Tenía que recoger los huevos, lavarlos y clasificarlos por tamaños para venderlos en el

mercado.

—Mañana subiré a veros —les dijo a sus amigos—. Si queréis, podremos ir a visitar las cuevas.

Los niños se marcharon, despidiéndose de su amigo, con la esperanza de verse al día siguiente. Los cuatro iban charlando alegremente y *Tim* andaba delante oliéndolo todo, como era su costumbre.

De pronto, una enorme y bellísima mariposa surcó el aire y vino a posarse sobre una flor, justo frente a *Jorge*.

—¡Mirad esto! —gritó Ana, gozosa—. ¡Qué bonita es! ¿A qué clase pertenece, Julián?

—No tengo ni idea. Puede ser una «Quelonia gigante». El señor Gringle dijo que esta colonia es famosa por los raros ejemplares que en ella se encuentran. Imagino que ésta es uno de ellos.

Observaron cómo la mariposa abría y cerraba sus magníficas alas sobre la blanca flor.

—Cojámosla —propuso Dick—. Estoy seguro de que el señor Gringle estará muy contento de tenerla.

—Tengo un pañuelo muy fino —dijo Ana—. Creo que podré cogerla sin dañar sus alas y la pondremos en la caja del azúcar. Vacíala, Dick.

En medio minuto la mariposa estuvo dentro de la caja sin haber recibido ningún daño, porque Ana había sido muy diestra al cazarla.

—¡Qué magnífico ejemplar! —exclamó Dick cerrando la caja—. Vamos a darle una sorpresa al señor Gringle.

—¿Y qué ocurrirá cuando nos vea aquella mujer? —dijo Ana—. No quisiera volver a verla.

—Le diremos que salte sobre su escoba y que salga volando —dijo Julián riéndose—. No seas tonta, Ana. No te hará ningún daño.

Fueron bordeando la colina y tomaron el camino por el que el señor Gringle les había llevado a su casa. Al cabo de poco rato vieron los invernaderos. Ana y *Jorge* vacilaban y *Tim* se detuvo y puso el rabo entre piernas.

—Está bien. Quedaos aquí —dijo Dick, impaciente—. No tardaremos en regresar.

Los dos muchachos se fueron mientras que *Jorge* y Ana se

quedaron esperándoles.

—Ojalá que no tarden —dijo Ana, preocupada—. No sé por qué siento escalofríos.

Capítulo X

OTRA VEZ EN LA CASA DE LAS MARIPOSAS

Dick y Julián miraron por los cristales de los invernaderos. No había nadie.

—El señor Gringle debe estar en la casa —dijo Julián—. Vamos a llamarle. No me gustaría volver a encontrarme con la señora Janes.

Se acercaron a la casa y llamaron:

—¡Señor Gringle! ¡Señor Gringle!

Nadie contestó, pero alguien levantó la cortina de una ventana y atisbo fuera. Los chicos llamaron otra vez haciendo señales con las manos.

—¡Señor Gringle! Tenemos una mariposa muy rara para usted.

Se abrió la ventana y apareció la señora Janes.

—El señor Gringle está fuera —masculló.

—¿Está el señor Brent?

La vieja miró fijamente, murmuró algo más y desapareció.

—¿Por qué se ha ido? Parece como si alguien hubiese tirado de ella. Julián, esto no me gusta.

—¿Crees que su hijo está en la casa? —inquirió Julián.

—No lo sé. Vamos a inspeccionar.

Fueron hasta un cobertizo, pero allí no había nadie. Entonces oyeron unos pasos y se volvieron rápidamente. Un hombre venía hacia ellos. Era pequeño y delgado y llevaba gafas oscuras. En la mano sostenía una red para cazar mariposas. Saludó a los dos muchachos y les dijo:

—Mi amigo Gringle ha salido. ¿Puedo hacer algo por vosotros?

—¿Es usted el señor Brent? —le preguntó Dick—. Hemos

encontrado esta mariposa y se la traemos.

El señor Brent la examinó con atención.

—¡Humm!… ¡Humm!… Es muy hermosa —dijo—. Os la compro por cinco chelines.

—Se la regalamos —dijo Dick—. ¿De qué especie es?

—No puedo decirlo sin haberla examinado detenidamente —dijo el señor Brent, tomando la caja y tapándola.

—Nosotros pensamos que es una «Quelonia gigante».

—Es posible —murmuró el señor Brent, y sacó dos medias coronas que ofreció a Julián—. Toma esto. Muchas gracias por la mariposa. Le diré al señor Gringle que habéis venido.

Dio la vuelta bruscamente y se fue con la red colgada del hombro.

Julián contempló las dos medias coronas que guardaba en la mano.



—Qué extraño es este señor. ¿Qué vamos a hacer con estos cinco chelines, Dick?

—Se los daremos a la señora Janes.

Volvieron a la casa y llamaron a la puerta. Ésta se abrió y apareció la señora Janes.

—¡Marchaos! Mi hijo va a volver y me reñirá. No le gustan los

forasteros. Os digo que os marchéis.

—Esto es para usted —dijo Julián introduciendo las dos medias coronas en las descarnadas manos de la mujer.

La anciana las miró sin poder dar crédito a sus ojos.

Con asombrosa rapidez deslizó las monedas en su zapato. Se mostró emocionada.

—Sois unos buenos chicos —dijo—. Ahora, marchaos. Mi hijo vendrá…

Los muchachos se alejaron en silencio.

—Es una gente bastante rara —manifestó Julián cuando se juntaron con las chicas—. Los dos hombres son muy extraños, la mujer parece una bruja y tiene un hijo que la tiene atemorizada. Propongo no volver más por allá.

—Estoy de acuerdo —aceptó Dick—. ¿Hemos tardado mucho rato, chicas?

—Bastante —repuso Ana—. Íbamos a mandar a *Tim* a buscaros. Creímos que os habían convertido en ratones o algo así.

Los chicos explicaron a Ana y a *Jorge* el encuentro con el señor Brent y los cinco chelines que les dio y lo que les pasó con la señora Janes.

—Y estoy seguro que aquella mariposa era una «Quelonia gigante» —dijo Julián.

—Me sorprendió que el señor Brent no lo supiera —observó Dick—. Creo que el señor Gringle es más experto.

Volvieron, por fin, al campamento y *Tim* corrió a la «despensa», pero Ana lo echó de allí:

—No, *Tim*, todavía no es la hora de cenar. Lo siento.

—¿Qué haremos? —dijo Dick echándose sobre la hierba—. Hace una tarde espléndida.

—Sí, pero me parece que mañana lloverá —auguró Julián—. ¿No veis aquellos nubarrones que se acercan lentamente por el Oeste?

—¡Bah! —exclamó *Jorge*—. Estoy segura de que hará buen tiempo toda la semana. Pero… ¿qué haremos si llueve?

—Lo que podemos hacer ahora es escuchar la radio —propuso Dick.

—De acuerdo, pero, por favor, que apenas se oiga —rogó Ana—.

Detesto a la gente que se llevan la radio al campo y arman tanto ruido que estropean la paz y tranquilidad de los demás.

—¡Válgame Dios, Ana! ¡Te has puesto furiosa! —exclamó *Jorge* mirando sorprendida a su prima.

—Tú no conoces a nuestra hermanita, *Jorge* —dijo Julián guiñándole un ojo.

—Esta tarde oiremos la «Sinfonía Pastoral». Será delicioso escucharla contemplando este bello paisaje. Pero, por favor, que suene suave —repitió Ana.

Julián fue a buscar la radio y la conectó.

—Están dando las noticias de las siete de la tarde.

Estaban terminando ya y en seguida comenzaron a sonar las primeras notas de la «Pastoral». Pareció que todo el campo se llenaba de música. Los chicos estaban sentados en el suelo escuchando absortos y contemplando la maravillosa puesta de sol.

Entonces, a través de las notas musicales, oyeron un ruido tan fuerte que se levantaron todos de un salto y *Tim* empezó a ladrar furiosamente.

—¡R-r-r-r-r-r! ¡R-r-r-r-r! ¡R-r-r-r-r!

Era un avión que volaba muy bajo describiendo círculos sobre el campamento.

Los muchachos vieron claramente el número «5-6-9» pintado bajo las alas. Julián y Dick empezaron a dar saltos.

—¡Es el avión de Jeff! ¡Hagámosle señas!

Todos se pusieron a agitar las manos como locos, aunque sabían que Jeff no podría verlos. El avión se dirigió hacia el campo de aviación, donde aterrizó con estilo perfecto.

Julián vio a una pequeña figura saliendo del aparato.

—Apuesto a que es Jeff. ¡Cómo me gustaría ser «propietario» de un avión y volar sobre las montañas!

Capítulo XI

UNA NOCHE TORMENTOSA

Los Cinco se prepararon para cenar. *Tim* andaba de acá para allá pretendiendo ayudarles y siempre con la esperanza de conseguir algún trozo de pan o, con suerte, de jamón.

Cuando estaban ya sentados en el suelo y cenando, Julián echó una mirada inquieta al cielo que estaba muy oscuro y dijo:

—Va a llover. Aquellas nubes han tapado el sol. Creo que deberíamos meternos en las tiendas.

—Será mejor que lo hagamos rápidamente —dijo Dick—. Se está levantando un viento frío. Entre todos podemos levantar las tiendas en un momento.

Al cabo de un rato y trabajando todos de firme, las tuvieron levantadas.

—Ni un huracán las derribaría —dijo Dick, complacido—. Ahora pongamos hierba bajo las mantas.

Mientras arreglaban las camas el tiempo fue empeorando.

Probablemente habría una tormenta.

Como ya era casi de noche, decidieron meterse en las tiendas llevándose consigo la radio. Llamaron a *Tim*, pero éste prefirió quedarse afuera.

Al cabo de un momento oyeron sus ladridos.

—Cuando ladra así quiere decir que viene alguien. ¿Quién puede ser?

—A lo mejor es Toby.

—O el señor Gringle.

—Yo creo que es la señora Janes que ha salido a encantar a alguien —dijo *Jorge*, y todos se rieron.

—Esta noche sí que parece una noche de duendes —dijo Dick.

Afuera, *Tim* seguía ladrando.

—¿Qué te pasa, *Tim*? —dijo *Jorge* asomándose.

—¡Guau! ¡Guau! —ladraba *Tim* sin volverse a mirarla.

—Quizás haya visto un erizo —dijo *Jorge*—. Siempre les ladra porque sabe que no puede atraparlos.

—De todos modos sería mejor salir a ver qué pasa —replicó Julián.

Se deslizó fuera de la tienda y fue hacia donde el perro.

Tim movió la cola y echó a correr delante de Julián. No parecía tener dudas acerca de dónde tenía que ir y el chico le siguió. No había traído su linterna y tropezaba con las ramas siguiendo al can.

Tim se dirigió hacia un camino que bajaba hasta el campo de aviación, rodeó un grupo de abedules y se detuvo. Julián vio una sombra que se movía y gritó:

—¿Quién hay ahí?

—Soy el señor Brent —dijo una voz en tono molesto.

Julián vio un bastón largo con una red en la punta.

—He venido a vigilar nuestras trampas para cazar polillas —dijo la sombra.

—¿También está el señor Gringle?

—Sí, está por aquí… ¿Quieres hacer callar a ese perro?

—¡Cállate! —le dijo Julián, y el perro se calló, pero siguió mirando fijamente al hombre.

—Voy a examinar la siguiente trampa. ¿Dónde estáis acampados?

—En la cima de la colina —contestó Julián.

El hombre no dijo nada y siguió andando lentamente.

Julián se despidió del hombre y se dirigió a las tiendas, pero era tan oscuro que se equivocó de camino.

—¡Dick!… ¡*Jorge*!… ¡Ana!… —gritaba Julián, pero estaban tan lejos que no lo oyeron.

Menos mal que *Tim* se dio cuenta de que se habían perdido y tiró de la manga de Julián para que le siguiera. Al cabo de un momento vio las luces de las linternas de su prima y sus hermanos. ¡No hubiera querido que le pillara la tormenta por aquellos parajes!

—¿Eres tú, Julián? —le llamó Ana con ansiosa voz—. ¿Te has

perdido?

—Casi. Como no llevaba luz… Suerte he tenido de *Tim*.

—¿Por qué ladraba?… ¿Había alguien?

—El señor Brent —dijo Julián—. Vi sus gafas oscuras y la red. Dijo que también andaba por ahí el señor Gringle.

—¿Con este tiempo? —exclamó Ana—. Seguro que todas las polillas estarán escondidas.

—Dijo que venía a examinar las trampas —explicó Julián—. Esparcen una sustancia pegajosa alrededor del tronco de los árboles y las polillas se pegan allí.

—Seguro que se van a encontrar en medio de una tormenta.

Cuando los chicos se metieron en la tienda, empezó a llover. Caía un aguacero y las gotas chocaban contra la lona de la tienda produciendo un agradable sonido. *Tim* se acurrucó entre Ana y *Jorge*, puso la cabeza sobre la rodilla de su ama y suspiró.

—¿Por qué suspiras? —le preguntó *Jorge*—. ¿Porque llueve y no puedes salir a jugar afuera?

—¿Qué haremos ahora? —inquirió Julián—. En la radio no dan nada que valga la pena oír.

—Tengo unas cartas en el bolsillo de mi impermeable —dijo *Jorge*.

De pronto *Tim* dio un salto y salió de la tienda disparado ladrando fuertemente.

—¡Dios mío! Casi me da un ataque al corazón —dijo Dick—. ¿Dónde va este perro? ¿Qué le pasa? Cállate, *Tim*, son los hombres de la casa de las mariposas.

Pero *Tim* no paró de ladrar y le gruñó a Julián cuando quiso arrastrarlo dentro de la tienda.

—¿Pero qué pasa? ¡Cállate ya! Nos estás volviendo locos —dijo el chico.

—¡Escuchad! He oído un grito —dijo *Jorge*.

Todos se pusieron a escuchar, pero la lluvia y el viento hacían tanto ruido que era imposible oír nada.

El perro seguía ladrando y *Jorge* le gritó muy enfadada:

—¡Cállate!

Muy pocas veces ocurría que *Jorge* se enfadara con él, así que *Tim* se volvió sorprendido y entró en la tienda.

—Ahora ¡estate quieto! —dijo *Jorge*—. Sea lo que sea, no podemos hacer nada.

Entre el estruendo que producía el viento y el torrente de lluvia se oyó un fuerte ruido.

¡R-r-r-r-r! ¡R-r-r-r-r! ¡R-r-r-r-r!

Se miraron unos a otros sobrecogidos.

—¡Aviones! —exclamó Dick—. ¡Aviones!, y con este tiempo…

Capítulo XII

LO QUE OCURRIÓ EN LAS CUEVAS

Los Cinco se hallaban realmente asombrados al comprobar que un avión había despegado durante la tormenta.

—Quizá no haya despegado de aquí. Posiblemente la tempestad les pilló en el aire y quisieron guarecerse en este campo de aviación —dijo Dick. Pero Julián sacudió la cabeza.

—Este campo está lejos de las rutas aéreas. Es demasiado pequeño. A cualquier avión que estuviera en dificultades le sería más fácil ir a un aeropuerto.

—Me gustaría saber si Jeff iba en ese avión —dijo *Jorge*.

—¿Cuándo nos iremos a dormir? —preguntó Ana bostezando.

—Se está haciendo tarde —dijo Julián mirando su reloj—. Las dos muchachas y *Tim* pueden quedarse en esta tienda. Si necesitáis algo, llamadnos.

—Buenas noches —dijeron Ana y *Jorge*.

Los chicos salieron afuera y se metieron corriendo en su tienda. Ana amarró la puerta y se enrolló con la manta, acurrucándose en su lecho de hierbas. *Jorge* hizo lo mismo.

Los Cinco durmieron plácidamente y a la mañana siguiente, cuando se despertaron, contemplaron desilusionados un lúgubre panorama. Seguía lloviendo y el cielo estaba cubierto de negros nubarrones.

—¡Qué lata! —dijo Dick asomándose fuera de la tienda—. Deberíamos haber oído el pronóstico del tiempo. ¿Qué hora es?

—Las ocho en punto. Vamos a ver si las chicas ya se han despertado.

Tomaron el desayuno alegremente a pesar de que tenían que

estar apretujados en la tienda.

—Esta mañana podemos ir a explorar las cuevas —dijo Dick después de desayunar—. No hay ninguna otra cosa que hacer y no quiero jugar a las cartas.

—Vamos a ponernos los impermeables —propuso *Jorge*.

Se pusieron en marcha bajo la fina y pertinaz llovizna que empapaba la hierba.

—¿Lleváis linternas? —preguntó Dick—. Yo me olvidé de traer la mía. Las necesitaremos en las cuevas.

Todo el mundo llevaba su linterna… menos *Tim* y él.

Bajaron por la colina y se dirigieron hacia el Norte, viniendo a dar a un ancho y arcilloso sendero.

—Esto más bien parece el lecho de un río —dijo Julián deteniéndose.

A la vuelta del camino había visto este cartel:

A LAS CUEVAS DE BILLYCOCK HILL

AVISO

Se recomienda pasar solamente
por los caminos acordelados.
¡Atención a los túneles que no
tengan cuerdas!

—¿Qué nos contó Toby de estas cuevas?

—Nos dijo que tenían miles de años y que hay estalactitas y estalagmitas —dijo *Jorge*.

—Las estalactitas parecen candelas que cuelgan del techo —dijo Ana.

—¡Mirad a *Tim*, está leyendo el cartel! —dijo *Jorge* viendo que el perro lo estaba mirando fijamente.

Todos se rieron de la ocurrencia.

A medida que se acercaban a las cuevas el camino iba perdiendo su apariencia arcillosa y en la entrada de las mismas estaba enladrillado.

Llegaron a la boca de una de ellas y se dispusieron a encender las linternas y a penetrar en las cuevas tan famosas y tan antiguas.

Tim, al ver las paredes de la cueva iluminadas de repente por la luz de las linternas, se puso a ladrar, produciendo un eco que parecía sobrenatural.

Esto le asustó muchísimo y se escondió detrás de *Jorge*.

—No te asustes, tonto. No hay nadie.

Las cuevas eran maravillosas. En algunos lugares las estalagmitas se habían juntado con las estalactitas, dando la ilusión de que la cueva estaba sustentada por brillantes pilares.

—Me recuerda a las catedrales —dijo Julián mirando el techo.

La próxima era más pequeña, pero estaba llena de «carámbanos» que brillaban a la luz de las linternas como si fueran candelas.

—Es como si estuviéramos en el país de las hadas —suspiró Ana —. Hay todos los colores del arco iris.

La siguiente era de un blanco deslumbrante. Se habían juntado tantas estalactitas y estalagmitas que formaban como una cortina de piedra.

Por fin llegaron a un camino que se dividía en tres. En el del centro había cuerdas, pero en los otros dos no. ¡Qué miedo daba mirar por aquellos túneles tan oscuros! Si entrasen allí seguramente se perderían y ya nadie volvería a encontrarlos…

—Vamos por el camino que está señalado —dijo *Jorge*.

Tim andaba husmeándolo todo y de pronto echó a correr hacia la oscuridad.

—¡*Tim*! ¡*Tim*!… —llamaba *Jorge*, y el eco repetía esta palabra a través de los corredores.

Todo el lugar se llenó de los ladridos del perro, haciendo que Ana tuviera que taparse los oídos.

En esto apareció *Tim* mirándoles sorprendido y asustado por el enorme jaleo que había armado con sus ladridos.

—Te voy a echar fuera si no te estás quieto y silencioso —le regañó *Jorge*.

Cuando estaban contemplando un lago helado, en el que se reflejaba el techo como si fuera un espejo, oyeron un extraño ruido. Era algo así como un agudo silbido que se iba elevando y llenaba la cueva. El silbido fue subiendo de tono hasta que los niños tuvieron que taparse los oídos con las manos. Después fue extinguiéndose gradualmente.

Tim no podía soportarlo. Ladraba y corría dando vueltas como un loco. Entonces se oyó… ¡un aullido! Un terrible aullido que pareció llegar de las entrañas de la tierra y que el eco fue repitiendo de cueva en cueva.

—¿Qué es esto? —gritó Ana agarrándose a su hermano Dick, aterrada—. ¡Vámonos!

Salieron de las cuevas de Billycock Hill como si una jauría de perros fuera pisándoles los talones…

Capítulo XIII

UN SUSTO TERRIBLE

Los Cinco se detuvieron en la entrada de la cueva.

—¡Retruenos! —exclamó Julián sin aliento—. Aún siento aquel silbido dentro de mi cabeza. Era como una… como una… sirena de bomberos. Y en cuanto al aullido… ¡bueno!…

—Fue horrible —dijo Ana, pálida—. Parecía el grito de animales salvajes. Nunca más pienso entrar en las cuevas. Volvamos al campamento.

Volvieron sobre sus pasos y se dirigieron a sus tiendas. Había dejado de llover y las nubes iban alejándose.

Los Cinco entraron en una de las tiendas y, sentados en el suelo, discutieron sobre el asunto.

—Preguntaremos a Toby si es normal oír esos ruidos —dijo Dick —. Me parece a mí que no debe haber mucha gente que visite las cuevas si están infestadas de silbidos y aullidos como aquéllos.

—De todos modos, hemos sido cobardes —confesó Julián, que se sentía un poco avergonzado.

—Puedes volver a entrar y asustar al que aullaba tanto como él te ha asustado a ti.

—No voy a hacer esa tontería —contestó Julián.

Cogió los gemelos de montaña que había escondido debajo de su manta y salió afuera, diciendo:

—Voy a echar una mirada al campo de aviación a ver si veo al primo Jeff.

Enfocó los gemelos hacia abajo y soltó una exclamación de sorpresa:

—¡Hay mucha gente allí! ¡Docenas de personas! Y también

muchos aviones. Me gustaría saber qué pasa.

Todos miraron por turno con los gemelos. Julián tenía razón. Estaba ocurriendo algo raro. Por todas partes había hombres que se movían de un lado para otro y en aquel momento estaba aterrizando otro avión.

—¡Cáspita! «Otro» avión —exclamó Dick—. ¿De dónde han venido los otros? No los hemos oído.

—Deben haber llegado cuando estábamos en las cuevas.

—Vamos por Toby a ver si sabe algo de esto.

—Iremos después de comer.

—¡Viva! ¡Está saliendo el sol! —gritó *Jorge*—. Vamos a ver qué dice «el hombre del tiempo».

Conectaron la radio, pero ya habían dado el parte meteorológico.

Dick levantó la mano para desconectarla, pero oyó tres palabras que le dejaron inmóvil: «… de Billycock Hill…». La voz del locutor continuó:

«… los aviones robados llevaban incorporado en sus motores el nuevo invento. Es posible que se los llevaran precisamente por este motivo. Al parecer, dos de nuestros mejores pilotos volaban en ellos: los tenientes Jeffrey Thomas y Ray Wells. No se ha recibido ninguna noticia de los aparatos. Los dos desaparecieron durante una tormenta habida en la pasada noche».

El locutor hizo una pausa y luego comenzó a hablar de otros asuntos.

Dick desconectó la radio y se miraron unos a otros. Nadie dijo una sola palabra.

—Pensar que Jeff pudo hacer una cosa así… Jeff un… traidor. Escapándose con uno de nuestros aviones para vender el secreto al enemigo —dijo Julián expresando el pensamiento de todos.

—Debemos ir a la policía y contarles lo que sabemos. ¡Pensar que lo hizo Jeff! Tanto como me gustaba… —dijo Dick.

—A mí también.

—Y también a *Tim* —añadió *Jorge*—. Y él nunca se equivoca…

—¿Qué dirá el pobre Toby cuando se entere?

Tim se levantó y comenzó a mover el rabo en señal de bienvenida. Todos miraron a ver quién venía. ¡Era Toby!

Estaba pálido y parecía asustado, pero intentó sonreírles.

—Tengo malas noticias que daros —dijo con voz quebrada por la emoción.

—Lo sabemos —dijo Dick—. Acabamos de oírlo por la radio. ¡Oh…! Toby… pensar que… Jeff…

Ante la sorpresa de todos, la cara de Toby se contrajo y las lágrimas rodaron por sus mejillas. No intentó secárselas. Apenas se daba cuenta de que ellos estaban allí. Nadie sabía qué hacer.

Pero *Tim* sí lo supo. Se acercó a Toby y le lamió la cara lanzando cortos gruñidos. Toby le echó los brazos al cuello y lo abrazó emocionado.

—No fue Jeff… no fue él —dijo Toby—. Sé que no lo hizo. ¿No me creéis?

—Yo no creo que lo hiciera —manifestó Julián—. Sólo le vi una vez, pero me pareció un hombre honesto.

—Él era… bueno… era una especie de héroe para mí —dijo Toby restregándose las mejillas con un pañuelo—. Cuando la policía militar ha estado en nuestra granja esta mañana para hacernos preguntas sobre Jeff y decirnos lo que había pasado, no podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Se han escapado otros pilotos?

—No —dijo Toby tristemente—. Todos han contestado cuando han pasado lista esta mañana. Todos excepto Jeff y Ray. Ray es el mejor amigo de mi primo.

—Se han metido en un buen lío —dijo Dick después de una larga pausa.

—¡No es verdad que Jeff sea un traidor! —gritó Toby.

—Yo no… —empezó Dick, pero se detuvo porque el perro echó a correr ladrando furiosamente.

¿Quién sería ahora?

Dos policías militares se hallaban frente al excitado *Tim*.

Julián se levantó y cogió al perro por el collar.

—¿Acampáis aquí? —preguntó el primero de los hombres uniformados.

—Queremos haceros algunas preguntas —dijo el segundo.

—Sabemos a lo que vienen —dijo Julián—. Les diremos todo lo que sepamos, pero estamos seguros de que el teniente Thomas no

tiene nada que ver con todo esto, señor.

—Puede ser —dijo el hombre—. Sentaos y hablaremos un poco.

Se sentaron todos en la hierba y Julián les explicó lo que sabían, que, a decir verdad, no era mucho.

—¿No visteis a nadie? —preguntó uno de los hombres mirándoles por encima del bloc de notas en el que había estado escribiendo mientras hablaba Julián.

—Bueno… sí… hubo alguien por aquí —dijo Julián recordando —. Estuvo el señor Brent. Dijo que venía a examinar las trampas para polillas.

—¿Estás seguro de que era el señor Brent? —le preguntó el policía.

—Él dijo que lo era. Llevaba una red colgada del hombro y usaba las mismas gafas oscuras que le vimos esta mañana. La verdad es que ya casi no se veía nada, pero yo creo que sí que lo era. Dijo que también andaba por ahí el señor Gringle. Los dos son muy aficionados a cazar mariposas y polillas.

—Muchísimas gracias —dijo el hombre cerrando su bloc de notas—. Iremos a hacerles una visita… ¿Dónde viven?

Los niños se ofrecieron para guiarles y todos se dirigieron a la casa de las mariposas.

—Un millón de gracias —dijo uno de los hombres cuando llegaron cerca de la casa—. Ahora es mejor que volváis a vuestro campamento.

—Señor, ¿querrá usted enviarnos un aviso tan pronto sepan ustedes que no fue mi primo Jeff? —preguntó Toby desesperadamente—. Tan pronto él sepa que se le considera sospechoso, se pondrá en contacto con ustedes. Ya lo verán.

—¿Es tu primo, hijo? —preguntó amablemente el policía—. Lo siento mucho. Estamos seguros de que era Jeff Thomas el que se marchó en uno de aquellos aviones. No hay ninguna duda.



Capítulo XIV

EL SEÑOR GRINGLE SE ENFADA

Los dos policías se dirigieron hacia la casa de las mariposas y los muchachos se quedaron a esperarles.

Tim también estaba triste como ellos. No sabía bien lo que sucedía, pero estaba seguro de que se trataba de algo muy desagradable.

—Apuesto a que ni el señor Brent ni el señor Gringle se dieron cuenta de nada. Ellos no ven más que sus mariposas.

Al poco rato se oyeron unos gritos que provenían de la casa.

—Debe de ser la señora Janes —dijo Dick.

Se acercaron más a la casa para oír lo que pasaba.

—Vamos… vamos… señora… no se ponga así —decía uno de los policías con amable voz—. Hemos venido a hacerle unas preguntas.

—¡Fuera!… ¡Fuera!… —gritaba la vieja golpeándoles con sus huesudas manos—. ¡Les digo que se marchen!

—Escuche, señora, queremos hablar con los señores Brent y Gringle.

—Han salido. ¡Estoy sola y no quiero ver a más gente extraña!

—¿Estuvieron fuera anoche estos dos señores?

—Por la noche estoy en la cama. ¿Cómo voy a saberlo? —contestó ella—. Váyanse y déjenme en paz…

Los policías se miraron y sacudieron la cabeza. No iban a sacar nada en claro de aquella testaruda mujer.

—Ya nos vamos, señora. Sentimos haberla molestado.

Cuando los policías llegaron junto a los niños, Julián les dijo:

—Hemos oído gritar a la señora Janes e íbamos a ver qué pasaba.

—El señor Brent y el señor Gringle están fuera y no hemos sacado nada en claro. Ha sido imposible hablar con la señora Janes.

—Yo sólo sé que no ha sido Jeff quien ha robado los aviones —insistió Toby.

Los policías se encogieron de hombros y se despidieron de los chicos.

—Será mejor que comamos algo —propuso Julián—. Quédate con nosotros, Toby.

—No puedo comer nada. No tengo apetito.

Todos estaban silenciosos y abatidos. Nadie tenía ganas de comer, pero cuando tuvieron la comida delante se dieron cuenta de que estaban hambrientos, excepto el pobre Toby, que estaba pálido y desesperado.

En mitad de la comida, *Tim* se puso a ladrar y todos se levantaron para ver quién venía.

En efecto, un hombre con una red colgada del hombro se dirigía hacia ellos.

—Creo que es el señor Gringle —dijo Julián.

—Está subiendo hacia aquí —observó Dick.

Tim corrió alegremente a su encuentro y, al poco rato, apareció el señor Gringle.

—Quería veros —exclamó jadeante—. Me gustaría tener otra polilla como la que visteis el otro día: la «Pimpinela Escarlata». ¿Os acordáis? ¿Me ayudaréis a buscarla? Tiene las alas de color carmesí y…

—Ya me acuerdo —le interrumpió Julián—. La buscaremos, no se preocupe. Nosotros también queríamos verle a usted para explicarle por qué dos policías estuvieron en su casa. Pensamos que la señora Janes no podría aclararle nada y por eso…

El señor Gringle se puso intensamente pálido.

—Pero… pero… ¿por qué fueron dos policías a mi casa?

—Para preguntarle si anoche vio usted algo sospechoso cuando inspeccionaba las trampas. Verá: dos aviones…

—Pero… querido… querido muchacho, anoche yo no salí… ¡En una noche como aquélla!…

—Vimos a su amigo, el señor Brent, y dijo que estaba usted con él.

El señor Gringle miró fijamente a Julián y abrió la boca asombrado.

—¿El señor Brent? —dijo por fin—. Pero si Pedro, es decir, el señor Brent, estaba en casa conmigo…

Hubo un profundo silencio tras esta sorprendente declaración. Julián le miró frunciendo el ceño. ¿Qué era todo aquello? ¿Estaba el señor Gringle intentando ocultar el hecho de que él y su amigo habían estado en la colina la pasada noche?

—Yo vi al señor Brent —dijo—. Admito que era ya muy de noche, pero vi su red y las gafas oscuras.

—Él no lleva gafas oscuras —dijo el señor Gringle aún más atónito—. ¿Qué es este cuento? ¿Se trata de un juego? Si no podéis hablar con más sentido común, me voy ahora mismo.

—¡Espere! —dijo Dick—. Usted dice que el señor Brent no lleva gafas oscuras; entonces, ¿quién era el hombre que nos dio cinco chelines por una mariposa? «Él dijo» que era el señor Brent. Le vimos ayer tarde en su casa.

—¡Todo esto no tiene sentido! —exclamó el señor Gringle enfadándose—. ¡Estoy malgastando mi tiempo con un juego tonto! Brent no lleva gafas oscuras, y os aseguro que ayer tarde no estaba en casa, así que no es posible que le vierais. ¿Qué queréis decir con todas estas sandeces? Gafas oscuras… cinco chelines por una mariposa… ver al señor Brent cuando no está…

—Todo esto es muy enigmático y… —dijo Julián.

—¡Enigmático!… No sois más que una pandilla de mentecatos sin modales —les gritó el señor Gringle.

El señor Gringle había perdido la paciencia y se marchó irritado, pisando la hierba con rabia. Los chicos le oyeron refunfuñar mientras iba alejándose y se miraron unos a otros con gran asombro.

—No entiendo nada —dijo Julián—. ¿Estaría yo soñando anoche?… Yo vi a aquel hombre y él dijo que era el señor Brent. Pero… si no era el señor Brent, ¿quién era? ¿Y qué estaba haciendo por aquí en una noche de tormenta?

—Quizás el hombre que viste está mezclado con el asunto del robo de los aviones —observó Toby.

—Imposible —aseguró Julián—. Sería demasiada casualidad.

Además, no parecía un hombre que se dedicara a robar aviones…

—Entonces, ¿quién era el tipo que nos dio cinco chelines? —preguntó Dick, perplejo.

—Puede que fuera el hijo de la señora Janes y os dijo que era el señor Brent para gastaros una broma… —aclaró *Jorge*.

—Yo conozco a Will Janes. ¿Cómo era ese hombre? —dijo Toby.

—Era bajo y delgado y llevaba gafas oscuras… —empezó Dick.

—Entonces no era Will Janes —le interrumpió Toby—. Él es alto y grueso y no lleva gafas nunca.

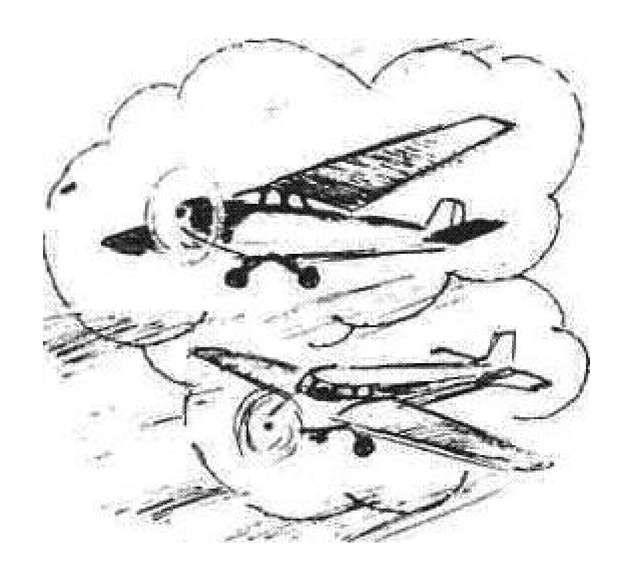
Todos estaban confundidos, pero a nadie se le ocurría quién podía ser aquel individuo.

—Dejémoslo ya y sigamos comiendo —dijo *Jorge*.

Masticaron en silencio, pensativos. Toby suspiró.

—Me gustaría saber si los dueños de la casa de las mariposas tienen algo que ver con el robo de los dos aviones.

—Tenemos que espiarles —propuso Dick, muy serio—. Algo raro está ocurriendo.



Capítulo XV

MÁS NOTICIAS Y UNA EXCURSIÓN NOCTURNA

Los chicos pasaron la mayor parte de la tarde hablando sobre el misterioso hombre que se hacía pasar por el señor Brent.

—Así no es extraño que no conociese la mariposa que le trajimos —dijo Dick.

—¿Por qué no vamos esta noche a la casa de las mariposas y les espiamos? —sugirió *Jorge*.

—¡Hummm!… Es buena idea —dijo Julián, pensativo—. Pero iremos Dick y yo.

—Yo también quiero ir —dijo Toby.

—De acuerdo. Pero tendremos que ir con mucho cuidado, porque si hay algo extraño en aquella casa, mejor será que no nos cojan.

—Llevaos a *Tim* con vosotros.

—No, porque se pondría a ladrar y nos descubriría. Iremos solos.

De repente se sintieron todos más animados. Toby también estaba más contento.

—Ahora me iré —dijo levantándose—. Esta tarde tengo que hacer muchas cosas. Esta noche os espero en el roble que hay detrás de la casa de las mariposas. ¿Sabéis dónde quiero decir?

—Sí. Es un árbol enorme —dijo Julián—. Allí estaremos a las once.

—¡Adiós! —dijo Toby, y se marchó colina abajo seguido durante un trecho por *Tim*.

—Me siento mejor ahora que hemos hecho un plan —dijo Dick —. ¡Caramba! Son casi las cinco…

—No olvidemos que tenemos que escuchar las noticias de las

seis. «Podrían» decir algo sobre Jeff.

A las seis en punto conectaron la radio y de lo primero que hablaron fue de los aviones robados. Los chicos escuchaban conteniendo la respiración.

«Han sido hallados los dos aviones robados la pasada noche del campo de aviación de Billycock Hill. Los dos aviones, conducidos por los tenientes Jeff Thomas y Ray Wells, han caído al mar. Existe la esperanza de recuperar los aparatos. Los dos pilotos no han sido hallados y se supone que se habrán ahogado. Esta tarde, en Edimburgo, hubo una reunión de…».

Julián apagó la radio y miró a los demás gravemente.

—Ya no hay más que hablar. Se han ahogado. Debieron estrellarse a causa de la tormenta.

—Pero esto quiere decir que el primo de Toby ha muerto —dijo Ana palideciendo.

—Sí, pero si es que se escapó con uno de los aviones, fue un traidor a su país —dijo Dick—. Y los traidores merecen la muerte.

—El primo de Toby no parecía un traidor —le defendió *Jorge*—. Parecía tan bueno, tan… patriota. Yo nunca me equivoco al juzgar a la gente y él me gustaba.

—¡Pobre Toby! —exclamó Dick frunciendo el entrecejo—. Era un héroe para él. Es terrible.

Permanecieron silenciosos durante un rato. Estaban muy impresionados, no sólo por la idea de que el primo Jeff fuese un traidor, sino también porque había muerto. Les parecía un final horrible para aquel hombre de ojos brillantes y rostro simpático con el que habían estado bromeando el otro día.

—¿No creéis que deberíamos marcharnos a casa? —sugirió Ana —. Será embarazoso para los Thomas tenernos rondando por aquí estando ellos tan disgustados por lo que ha pasado.

—No iremos a molestarlos —dijo Julián—. Yo no creo que debamos ahora abandonar a Toby.

—Tienes razón —convino Dick—. Con estas últimas noticias estará trastornado.

—Esta noche nos esperará en el viejo roble.

—No sería extraño que no estuviera allí.

—Vamos a dar una vuelta, Dick —dijo Julián—. Así

despejaremos un poco nuestras mentes para descubrir el misterio de la casa de las mariposas.

Fueron a dar un paseo por la colina acompañados de *Tim*. Él no podía comprender por qué sus amigos ya no reían como antes.

A las ocho cenaron y volvieron a conectar la radio.

—Oiremos las noticias —dijo Dick—. Puede haber algo más.

Pero en las noticias de las nueve sólo repitieron lo que habían dicho en las noticias de las seis.

En el campo de aviación aún había muchos aviones, aunque algunos de ellos habían despegado ya. Julián miró con los gemelos.

—¡Mira que escaparse dos aviones! —dijo—. Debían de estar muy distraídos…

—Puede ser que con la tormenta no los oyeran marchar —dijo *Jorge*.

—Tenían que haberlo oído. Nosotros los oímos, ¿no? —objetó Dick.

—Bueno, chicas, id a dormir. Dick y yo no os necesitamos —dijo Julián—. Ahora nos tenemos que marchar.

—Quisiera que os llevarais a *Tim* con vosotros —dijo *Jorge*, inquieta—. No me gusta la casa de las mariposas, ni la vieja, ni el hombre con gafas oscuras, ni el hijo de la señora Janes, ni…

—No seas tonta —le interrumpió Julián—. Volveremos pronto.

Las chicas no quisieron ir a dormir. Se sentaron y se pusieron a charlar esperando a que los chicos volvieran. Ahora hacía un tiempo espléndido y no había una sola nube en el cielo. Era difícil imaginarse que la víspera había llovido torrencialmente.

Los dos muchachos bajaron por la ladera de la colina hacia la casa de las mariposas.

—Es mejor que no nos vean —murmuró Julián.

Llegaron al viejo roble, pero Toby no estaba allí.

Al cabo de unos minutos oyeron un leve crujido y apareció Toby jadeando como si hubiera corrido.

—Lo siento, he llegado un poco tarde —susurró—. ¿Habéis oído las noticias de las seis?

—Lo sentimos mucho —dijo Julián asintiendo.

—Bueno, yo no creo que fuese mi primo Jeff quien robó los aviones, aunque lo cierto es que algún otro lo hizo —dijo Toby,

convencido—. Yo pienso que si Jeff no robó el avión, no estaba dentro cuando se estrelló, así es que no se ha ahogado. ¿Comprendéis?

—Desde luego —repuso Julián, contento de que Toby se tomase las cosas así.

—¿Cuáles son vuestros planes? —preguntó Toby—. En las ventanas hay luz. Podríamos mirar quién hay dentro.

—Buena idea —comentó Julián—. Vamos en fila. Yo iré el primero. No hagáis ruido, por favor.

Silenciosa y lentamente se dirigieron hacia la casa.

¿Qué iban a ver?

Capítulo XVI

MIRANDO A TRAVÉS DE LA VENTANA

Se acercaron de puntillas a la casa.

—Veamos las habitaciones del piso bajo —dijo Dick—. Mirad, ésta es la ventana de la cocina. La señora Janes puede que esté ahí.

Se arrastraron hasta la ventana iluminada y miraron dentro.

Efectivamente, la señora Janes estaba en la cocina, sentada en una mecedora; llevaba un sucio camisón y se balanceaba lentamente. La mujer tenía la barbilla apoyada en el pecho y cuando se arregló un mechón de pelo que le caía sobre la frente, su mano temblaba.

—Ahora no asusta. ¡Pobre anciana! —exclamó Dick entristecido —. Es solamente una pobre mujer asustada.

—¿Por qué está levantada tan tarde? —dijo Julián—. A lo mejor espera a alguien.

—Entonces es mejor que tengamos mucho cuidado —dijo Toby mirando tras de sí.

—Demos la vuelta a la casa —dijo Dick alejándose de allí de puntillas.

Se acercaron a una ventana mucho más iluminada que la otra. Dentro había dos hombres sentados a una mesa mirando unos papeles.

—El señor Gringle —dijo Julián en voz baja—. Y el otro debe de ser el señor Brent. No se parece en nada al que nos dio los cinco chelines.

Le observaron con atención. Era un hombre pequeño, con bigote, cabello oscuro y nariz prominente.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Toby en un susurro.

—Parece como si estuvieran haciendo una lista —dijo Julián—. El señor Gringle decía la verdad cuando nos aseguró que no fue el señor Brent quien nos dio los cinco chelines.

—Entonces, ¿quién era? —preguntó Dick alejándose de la ventana.

—Me gustaría poder contestar a eso —repuso Toby—. Algo raro pasó ayer aquí.

—Mirad, en el piso de encima hay otra ventana iluminada.

—Vamos a subir. Treparemos por aquel árbol.

—Hay un camino más fácil —dijo Julián enfocando su linterna a una escalera de mano apoyada contra la pared.

—Estupendo —dijo Dick—. Pero tendremos que tener cuidado de no hacer ruido.

—No te preocupes. La ventana no está muy alta y la escalera pesa poco.



Los muchachos no tuvieron dificultad alguna en transportarla y la colocaron contra el muro sin hacer el menor ruido.

—Voy a subir —informó Julián—. Sostened la escalera. Hacedme una señal si viene alguien. No quisiera que me atraparan allá arriba.

Subió por los destartalados peldaños y una vez arriba, con mucha precaución, asomó la cabeza en el aposento.

El cuarto estaba iluminado por una vela. Era una pieza pequeña en la que había un gran desorden y estaba pobremente amueblada. En la cama estaba sentado un hombre. Era grueso, con anchos

hombros, y tenía un poderoso cuello. Debía ser el hijo de la señora Janes, pensó Julián. Recordó a la vieja que les dijo lo bruto que era su hijo con ella. «¡Me grita! ¡Me retuerce el brazo!». No cabía duda, el hombre sentado en la cama era el insoportable matón.

Estaba leyendo un periódico que acercaba mucho a la vela. Al cabo de un momento, el hombre sacó un gran reloj de su bolsillo y murmuró algo que Julián no pudo oír. El hombre se levantó y el muchacho, temiendo que fuese hacia la ventana, se deslizó por la escalera tan rápido como pudo.

—El hijo de la señora Janes está ahí. ¡Buf! ¡Qué susto he pasado! Sube, Toby, y dinos si es Will Janes.

Toby subió hasta la ventana y bajó casi inmediatamente.

—Es Will Janes, pero ha cambiado mucho. Parece un salvaje y no hace mucho era una persona decente. Mi madre dice que va con malas compañías y bebe mucho. Supongo que por esto está tan diferente de antes.

—Ha mirado el reloj como si esperara a alguien —dijo Julián.

—Vamos a escondernos en aquel granero —dijo Dick.

El granero estaba en estado ruinoso. El tejado lo tenía en parte derruido y las paredes a punto de caerse. Olía mal y estaba sucio. Julián puso unos polvorientos sacos en el suelo y se sentaron encima de ellos en un rincón oscuro.

—¡Puaf! ¡Qué mal huele! —exclamó Toby—. Podríamos haber elegido otro lugar.

—¡Calla! —dijo de pronto Julián—. He oído algo.

Se quedaron inmóviles escuchando. Oyeron unos suaves pasos que pasaron frente al granero y se perdieron a lo lejos. Entonces se oyó un débil silbido.

Julián se levantó y miró a través de la ventana del granero.

—Me parece que veo a dos hombres de pie bajo la ventana del cuarto de Will Janes. Deben ser los que estaba esperando. Ahora bajará. Espero que no se les ocurra venir aquí.

En aquel momento se abrió la puerta de la casa y apareció Will Janes.

Éste se juntó con los dos hombres y todos se alejaron de allí con muchas precauciones.

—Vamos a espiarles —dijo Julián.

—Espero que las chicas no se preocupen por nosotros.

Siguieron a los tres hombres, que se dirigieron hacia un grupo de árboles que había al otro lado de los invernaderos. Allí comenzaron a hablar, pero lo hicieron en voz tan baja que los chicos no pudieron oír nada.

Uno de los hombres levantó la voz. Era Will Janes. Toby lo reconoció y se lo dijo a los otros.

—Es Will. Está furioso a causa de algo. Pierde los estribos si cree que lo han tratado mal y parece ser que así lo piensa de estos hombres.

—¡Quiero mi dinero! —oyeron que decía—. Les he ayudado, ¿no? Les he escondido, ¿no? Así que he cumplido mi palabra. ¡Quiero mi dinero!

Esto último lo dijo gritando y los dos hombres parecieron asustarse e intentaron calmarle.

A continuación ocurrió algo. Se oyó el ruido de un golpe y de la caída de un cuerpo; otro golpe y otra caída; después, la risa de Will Janes.

A los pocos segundos se oyó una voz que preguntaba ansiosamente:

—¿Quién hay? ¿Qué pasa?

¡Cras! ¡El ruido de cristales rotos! Will Janes había cogido una piedra y la había lanzado contra los cristales del invernadero. Los tres muchachos casi se caen al suelo del susto.

—Alguien ha estado rompiendo los cristales del invernadero. He salido corriendo a ver si lo pillaba.

Se fue diciendo mentiras hacia la casa y entonces la mala suerte quiso que su linterna alumbrara a los chicos que estaban acurrucados en un rincón.

—¡Aquí están, señor! He descubierto a los pilletes que han estado rompiendo los cristales. ¡Ya tengo a dos! ¡Coja usted al otro!



Capítulo XVII

OCURREN COSAS IMPORTANTES

Las cosas sucedieron tan rápidamente que los tres muchachos se encontraron de repente cogidos sin posibilidad de escapar.

Will Janes tenía agarrados, uno en cada mano, a Dick y a Toby.

Era inútil intentar escaparse.

Julián había echado a correr hacia el señor Gringle y el señor Brent y entre los dos le cogieron. Estaban muy enfadados.

—¿Qué significa esto de romper los cristales de los invernaderos? —aulló el señor Gringle sacudiendo a Julián—. Se escaparán todas las mariposas por el cristal roto.

—¡Suélteme! ¡Nosotros no hemos roto el cristal! —gritaba Julián.

—Él lo hizo. Yo lo vi —afirmó Will Janes.

—¡No es verdad! —dijo Toby—. ¡Suélteme, Will! Soy Toby. Toby Thomas.

—Así que eres Toby, ¿eh?… —dijo Will en tono burlón—. Toby Thomas, cuyo padre no quiere dar trabajo a Will Janes porque le desprecia… Ya verás cuando diga a la policía lo que has estado haciendo.

—Tráigalos aquí —dijo el señor Gringle—. Los encerraremos hasta mañana.

Julián luchó para deshacerse de los hombres, pero fuera de un breve pataleo no hubo nada que hacer para escaparse.

Cuando ya se veían perdidos, oyeron… ¡el ladrido de un perro!

—¡Es *Tim*! —dijo Julián.

—¡*Tim*! ¡*Tim*!… —llamó Dick.

El perro corrió hacia él y empezó a gruñir tan ferozmente que

Will Janes se detuvo.

—¡Suéltenos o el perro se lanzará sobre usted! —le advirtió Dick.

Tim gruñó de nuevo y le mordió el tobillo a Will para demostrarle que tenía buenos dientes.

Will soltó a los muchachos y se agarró el pie con ambas manos. Los chicos escaparon a todo correr y entonces *Tim* corrió hacia Julián, pero ya los señores Gringle y Brent le habían soltado, batiéndose en retirada. También Will Janes echó a correr hacia la casa.

—¡Bien por *Tim*! Llegaste a tiempo, viejo amigo —dijo Julián.

—Apuesto a que lo enviaron las muchachas —dijo Dick—. Ahora vamos a ver si encontramos a aquellos dos hombres. ¡Qué noche!

No había rastro de ellos.

—Se fueron —dijo Toby—. ¿Qué hacemos ahora?

—Regresar al campamento —dijo Julián, decidido—. No hemos averiguado nada realmente interesante. Sólo sabemos que el señor Brent no era el hombre de la otra noche y que Will Janes se ha peleado con dos tipos.

—Y que les ha ayudado en algo y que les ha escondido… y no le han pagado —dijo Dick.

—No puedo pensar más esta noche —manifestó Julián—. Vuelve a casa, Toby. Mañana hablaremos de todo.

Toby se marchó a su casa terriblemente excitado. Qué diría el primo Jeff cuando se lo contara… pero… no, no podría contárselo. La gente decía que él se había marchado en aquel avión y que ahora estaba en el fondo del mar…

«Pero yo no lo creo —pensó el muchacho—. No lo puedo creer».

Las chicas se sintieron aliviadas al oír a los muchachos y a *Tim*.

—¿Qué os ha pasado? ¿Por qué llegáis tan tarde? —preguntó *Jorge*.

—¿Os encontró *Tim*? —inquirió Ana.

—No podía haber llegado en mejor momento —dijo Julián sonriendo—. ¿Lo enviasteis a buscarnos?

—Él quiso ir. Estaba muy nervioso, como presintiendo que necesitabais ayuda y, por fin, le dejamos que fuera a buscaros.

—¡Desde luego que necesitábamos ayuda! —dijo Dick—.

Escuchad…

Él y Julián contaron a las chicas todo lo que les había sucedido. Ana y *Jorge* les oyeron atónitas.

—Él no nos dejó hablar —dijo Julián—. Mañana por la mañana iremos a ver a la señora Janes por si podemos convencerla de que nos cuente algo sobre todo lo ocurrido.

—Es una buena idea —dijo *Jorge*—. Ella debe saberlo, sobre todo si han estado escondiendo a gente, puesto que tenía que darles de comer. Si quiere, la señora Janes nos lo contará todo.

—Dejad ya de hablar, charlatanes. Vamos a dormir. ¡Buenas noches! —dijo Julián.

—Y, ¿quién ha estado hablando todo el rato? —preguntó *Jorge* —. Vamos a dormir, Ana… Quisiera saber si Toby llegó bien a su casa y si ya está durmiendo.

Toby había llegado ya a su casa, pero no dormía. Pensaba en su primo Jeff. Si él pudiese hacer algo… Jeff había desaparecido y él, sólo él, podía librarle de la odiosa acusación. Pero la gente decía que Jeff se había ahogado…

A la mañana siguiente los Cinco se despertaron tarde. No había mucha cosa en la despensa. Si Toby no les traía comida, tendrían que ir a la granja a buscarla.

Desayunaron pan con mantequilla y queso y luego empezaron a hacer planes.

—Tenemos que volver a la casa de las mariposas —dijo Julián —. Dick le hará preguntas a la señora Janes; estaba muy conmovida cuando le diste los cinco chelines. Probablemente debe guardar un buen recuerdo de ti.

Se fueron a la casa de las mariposas con *Tim* pisándoles los talones. Cuando estuvieron cerca aflojaron el paso para inspeccionar. No querían caer otra vez en manos de Will Janes. La casa parecía vacía.

—Seguramente han ido a cazar mariposas —dijo Dick—. Mirad, allí está la señora Janes tendiendo ropa. Ve a ayudarla, Ana.

—¿Puedo ayudarla?

La señora Janes volvió la cabeza y Ana se quedó petrificada de horror al ver que tenía un ojo morado.

—¿Qué… qué le ha pasado en el ojo? —le preguntó.

La señora Janes no contestó y pareció azararse. Dejó que Ana le ayudara sin decir una sola palabra.

—¿Dónde están el señor Gringle y el señor Brent? —preguntó Ana cuando terminó de tender.

La señora Janes murmuró algo. Ana entendió con dificultad que habían ido a cazar mariposas.

—¿Y dónde está su hijo Will? —inquirió Ana, porque Julián le hacía señas pidiéndole que así lo hiciera.

Para colmo de sorpresa, la señora Janes se cubrió la cara con el delantal y, dando traspiés, se precipitó hacia la puerta de la cocina con los brazos extendidos.

—¿Qué le pasa esta mañana? —dijo Ana, sorprendida, mirando a los demás.

Dick corrió hacia la señora Janes y la condujo a la cocina, sentándola en la mecedora. Ella se quitó el delantal de la cabeza y miró al chico.

—Tú eres uno de los que me dieron los cinco «selines» —murmuró cogiéndole la mano—. Fuiste amable conmigo. Mi hijo no lo es.

—¿Cuándo le ha hecho eso en el ojo? —le preguntó Dick.

—Hoy. Quería dinero. Constantemente pide dinero —se lamentó la señora Janes—. Yo no quise darle los cinco «selines» y… me pegó. Entonces vino la policía y se lo llevó.

—¿Que se lo llevó la policía? —dijo Dick, atónito.

Todos se quedaron asombradísimos ante tal revelación.

—Dijeron que había robado. Le robó los patos al granjero Darvil. Son aquellos hombres malos los que han cambiado a mi hijo. Antes él era bueno.

—¿Qué hombres? —preguntó Dick acariciándole la mano—. Tiene que contárnoslo todo. La ayudaremos.

—Tú «es» uno de los que me dieron los cinco «selines», ¿no? —preguntó otra vez—. Tú ayudarás a una «probe» vieja, ¿no?… Te digo que son aquellos hombres los que han cambiado a mi hijo.

—¿Los escondió él aquí?

La señora Janes le cogió de la mano y tiró de Dick hacia sí.

—Eran cuatro hombres —murmuró en voz tan baja que Dick apenas la oyó—. Le prometieron dinero a mi hijo si los escondía

aquí. Tenían un secreto, ¿sabéis? Sólo hablaban cuando estaban escondidos en mi habitación, pero yo escuchaba y oía.

—¿Cuál era el secreto? —preguntó Dick latiéndole fuertemente el corazón.

—Esperaban algo… Siempre estaban en la ladera de la colina —susurró la señora Janes—. Unas veces iban de día… otras de noche… Siempre esperando… Y se escondían en mi habitación y yo cocinaba para ellos y no me dieron nada. Eran malos. Ellos cambiaron a mi hijo… —dijo la señora Janes echándose a llorar.

Los cuatro niños estaban desconcertados.

Entonces oyeron unas pisadas fuera y el señor Gringle apareció en la ventana. Miró adentro y se quedó sorprendido al ver a tanta gente en la cocina.

—¿Otra vez vosotros? —exclamó cuando vio a Julián y a Dick—. Le dije a la policía que habíais estado rompiendo mis cristales. ¿Cómo os atrevéis a volver…?



Capítulo XVIII

¡NADIE SABE DÓNDE ESTÁN!

El señor Gringle siguió hablando muy enfadado, pero los Cinco ya tenían suficiente.

—Ya nos vamos, señor Gringle —dijo Julián fríamente—. Estaremos «muy contentos» de hablar con la policía. Han pasado muchas cosas aquí de las que usted no está enterado. Sólo se ocupa de sus mariposas y de sus polillas.

—Aquí no ocurre nada, ¿te enteras, muchacho grosero? —gritó el señor Gringle.

—Sería mejor que se enterara de que Will ha pegado a su pobre madre. ¿No ha visto el cardenal que tiene en el ojo? Puede que la policía tenga que hacerle a usted algunas preguntas sobre cuatro forasteros que han estado escondidos en su casa.

—¿Qué?… ¿Qué es lo que dices?… ¿Qué significa esto?… —tartamudeó el señor Gringle—. ¿Hombres?… ¿Dónde?… ¿Quiénes?…

—No tengo ni idea —repuso Julián.

Los Cinco se marcharon muy dignamente dejando al señor Gringle sumido en un mar de preocupaciones.

—¡Pensar que no se ha dado cuenta de lo que pasa entre Will y su madre! ¡Aún no le ha visto el ojo morado! —dijo Julián—. ¡Dejémosle que vuelva con sus dichosas mariposas!

—¿Qué quiso decir la señora Janes cuando nos indicó que eran cuatro los hombres que se escondían en su cuarto? —dijo Ana, muy inquieta—. ¿Y qué debían esperar en la ladera de la colina? Debía de ser uno de ellos el que se hizo pasar por el señor Brent aquella noche.

—Tienes razón —dijo Julián—. Ahora recuerdo que estaba mirando hacia el campo de aviación. ¡Eso es! Vigilaban noche y día…

—Podría… podría ser posible que tuvieran algo que ver con los aviones robados —dijo *Jorge* con excitada voz.

—Creo que sí —dijo Julián—. Pero, entonces, ¿cómo es que estaban a bordo de los aviones Jeff y Ray? Esto no encaja de ningún modo. De todos modos estamos sobre una pista. Vamos a la granja de Toby. Tenemos que explicarle a su padre todo lo que pasa.

—De acuerdo —dijo Ana, complacida—. Necesitamos ayuda.

—Vamos entonces —apremió Julián.

Tomaron el camino de la granja y cuando ya estaban llegando llamaron a voces a su amigo Toby.

Éste apareció en la puerta del granero. Estaba pálido y demacrado porque había pasado muy mala noche.

—Hola, muchachos —los saludó—. No puedo dejar de pensar en Jeff.

—¿Dónde está tu padre, Toby? —le preguntó Julián—. Tenemos algo que decirle. Él sabrá qué hacer.

—Vamos a llamarle —dijo Toby corriendo hacia un campo donde estaba trabajando su padre.

—¡Papá!… ¡Papá!… Ven urgentemente.

Su padre salió del campo y se dirigió hacia ellos.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me llamas de este modo?

—Dick y Julián tienen que decirte algo, papá.

—Está bien. Vamos a ver de qué se trata, mozalbetes —dijo el señor Thomas volviendo su tez morena hacia los muchachos—. ¿Tenéis problemas?

—No es exactamente eso —dijo Julián—. Verá, se lo contaré en pocas palabras.

Julián le explicó todo lo que había ocurrido en la casa de las mariposas. Le hablaron también del hombre que se había hecho pasar por el señor Brent y de la señora Janes y su hijo. El señor Thomas sacudió la cabeza.

—Will ha cambiado mucho de un tiempo a esta parte y es debido a las malas compañías.

—Nosotros conocimos esas malas compañías —dijo Julián, y le

contó también la aventura de la noche anterior y lo que la anciana les había relatado aquella misma mañana.

—Mala cosa es maltratar a una madre. Tendrá que decir quiénes son esos hombres que ha albergado en su casa y qué es lo que hacían. Puede ser que tengan algo que ver con el robo de los aviones.

Toby enrojeció y dijo muy excitado:

—Seguro que son ellos los que los robaron. Eran cuatro, ¿no es así? Pueden haber raptado a Jeff y a Ray y haberlos escondido en alguna parte y dos de los cuatro hombres pilotar los aviones.

—Puede que sea así, hijo. Tenemos que comunicarnos en seguida con la policía.

Toby bailaba de contento.

—¡Sabía que no había sido Jeff! Estoy seguro que fueron aquellos hombres. Papá, llama en seguida.

El señor Thomas así lo hizo y les contó todo lo que sabía. Le escucharon con sorpresa y en seguida se dieron cuenta de la gran importancia de la información.

—Ahora mismo iremos a hacer unas preguntas a Will Janes. Lo hemos cogido porque había robado, así es que está en nuestras manos. Le llamaremos dentro de media hora, señor.

Aquella media hora fue la más larga de toda su vida. Julián miró un montón de veces el reloj. Nadie podía permanecer sentado. Ana, para entretenerse, quería jugar con Benny, pero ni el niño ni el cerdito estaban allí.

Cuando, por fin, el teléfono sonó, todos dieron un salto. El señor Thomas se precipitó a cogerlo.

—Diga… ¿es la policía?… sí… escucho… ¡Oh!… sí… sí…

El granjero tenía el auricular pegado a su oreja y escuchaba atentamente. Los niños le miraban sin pestañear, esperando adivinar algo por la expresión de su cara.

—Ya veo… Lo lamento muchísimo —oyeron que decía el señor Thomas, y a los niños les cayó el alma a los pies—. Gracias… Adiós.

Colgó el teléfono y se quedó pensativo.

—Dime, papá, ¿fue Jeff quien robó el avión? —le preguntó Toby sin poderse contener.

—No… no fue él.

Toby dio un salvaje aullido para expresar la enorme alegría que sentía al oír estas palabras.

—¡Entonces ya nada importa! Sabía que no había sido Jeff.

—Espera un momento —le interrumpió su padre—. Hay algo muy desagradable.

—¿Qué pasa? —preguntó Toby, alarmado.

—Will Janes ha confesado que aquellos cuatro hombres habían sido enviados para robar los aviones. Dos de ellos eran pilotos extranjeros. Los otros eran dos criminales enviados para raptar a Jeff y a Ray. Les sacaron del campo de aviación y los tienen escondidos en alguna parte. Los pilotos subieron a los aviones y huyeron. Cuando dieron la alarma, ya era demasiado tarde.

—Entonces fueron esos dos los que se ahogaron —dijo Julián.

—Sí, pero a Janes no le dijeron dónde habían escondido a Jeff y a Ray. No quisieron pagarle por su ayuda porque los aviones se habían estrellado y sus planes fallaron. Tampoco quisieron decirle dónde habían escondido a primo Jeff y a su amigo Ray…

—Supongo que los bandidos habrán huido y Ray y Jeff morirán de hambre porque nadie podrá jamás encontrarlos —dijo Toby dejándose caer en una silla presa de desaliento.

—Exactamente —dijo el señor Thomas—. A menos que los encontremos pronto, las cosas irán mal para ellos. Probablemente los ataron de pies y manos y les dejaron sin comida y sin agua.

—¡Oh papá!… ¡Tenemos que encontrarlos! —exclamó Toby, horrorizado.

—Esto es lo que la policía cree que debemos hacer. Y también lo pienso yo, pero nadie sabe dónde están.

«Nadie sabe dónde están», estas palabras quedaron grabadas en las mentes de todos.

«¡Nadie sabe dónde están!».



Capítulo XIX

UNA MAÑANA DE MUCHO TRABAJO

Hubo un largo silencio después de que el señor Thomas pronunciara tan desalentadoras palabras: «Nadie sabe dónde están»…

—Seguramente debía haber un cómplice en el campo de aviación —dijo Dick.

—Es muy posible —dijo el señor Thomas—. Estas cosas están planeadas hasta en el más mínimo detalle. Tuvieron mucha suerte que aquella noche se desencadenara una tormenta en el preciso momento que necesitaban no ser vistos ni oídos…

—Llovía torrencialmente aquella noche —recordó *Jorge*—. Todos, incluso los guardas del campo, debían estar escondidos en alguna parte. Fue una gran suerte para aquellos tipos…

—Me extraña que ni el señor Gringle, ni el señor Brent, se dieran cuenta de que había cuatro extraños en su casa —dijo Julián.

—Ellos no pueden pensar en nada más que en mariposas… —dijo Dick.

—¿Qué podemos hacer ahora? —preguntó Julián.

—Poca cosa, muchachos —dijo el señor Thomas—. La policía ha recibido informes sobre dos hombres conduciendo un camión cubierto a toda velocidad. Dos o tres personas se fijaron en el número de la matrícula. La policía cree que lo usaron para transportar a Jeff y a Ray a algún apartado lugar, en alguna cantera abandonada, o en algún desierto sótano…

Sería imposible registrar millas y millas, buscando en canteras abandonadas y en sótanos o sitios así…

—Ahora debo volver a mi trabajo —dijo el padre de Toby—.

Será mejor que se lo expliques a tu madre, Toby.

—Ha ido de compras, papá. Volverá antes de comer.

—Benny habrá ido con ella —dijo el señor Thomas marchando hacia la puerta—. No he visto al niño ni a *Rizado* en toda la mañana.

—Vamos a buscar algo de comida para que os la llevéis al campamento —dijo Toby a los chicos.

—Si no es mucha molestia…

A Julián no le parecía bien pensar en comida, ahora que sabían que Jeff y Ray debían estar pasando hambre.

—Ven, Ana, escogerás lo que necesitéis —y Toby se fue con ella a la despensa.

Cuando regresó con Ana, Julián le propuso quedarse con él para hacerle compañía. Sabían que el muchacho tenía mucho trabajo en la granja y se ofrecieron para ayudarle.

—Me gustaría mucho. Le dije a papá que encalaría los gallineros. Tú y Dick podéis ayudarme y todo estará listo para la hora de comer.

—Estupendo. Te ayudaremos toda la mañana y después iremos al campamento y haremos una buena comida. Tú vendrás con nosotros, Toby, y después de comer iremos de excursión.

—¡Oh, sí! —exclamó Toby animándose—. Vamos… Vamos a buscar la cal y las escobas.

—¿Nosotras no podemos ayudar? —preguntó *Jorge*—. Yo puedo encalar gallineros tan bien como cualquiera.

—No, *Jorge*. Esto es un trabajo para chicos, no para niñas —dijo Toby marchándose con Dick y Julián y dejando a *Jorge* furiosa.

—Has ofendido a *Jorge* —le reprendió Dick.

—¿Por qué la he ofendido?… ¡Ah, claro! Olvidé que a ella no le gusta ser una chica. Esperad un minuto…

—¡Eh, *Jorge*! ¿Por qué no hacéis algún trabajo para mi madre? Ella no tiene tiempo de quitar las hierbas de su jardín y no le gusta que esté tan desarreglado.

—Lo haremos con mucho gusto —dijo Ana—. Vamos, *Jorge*, no seas tonta. La señora Thomas es tan amable con nosotros que me gustará hacer algo por ella.

—Está bien —repuso *Jorge*.

—Me gustaría que Benny estuviera en casa —dijo Ana unos minutos después.

—A mí también me gustaría —dijo *Jorge* arrancando un puñado de hierbajos—. Aquí hay más hierbas que flores…

Todos trabajaron de firme aquella mañana. Los muchachos limpiaron y encalaron los gallineros y las chicas habían dejado el jardín limpio de maleza.

Hacia la una oyeron el ruido de un motor; era la señora Thomas que regresaba.

—Rápido, terminemos antes de que nos vea —dijo *Jorge*.

—Ya verás como Benny vendrá en seguida a ver qué es lo que estamos haciendo —dijo Ana.

Los tres muchachos se acercaban balanceando los cubos vacíos y con los grandes cepillos apoyados en el hombro. *Tim* iba con ellos luciendo unos pegotes de cal en el pelo.

—Hola, chicas —dijo Dick—. Habéis hecho un buen trabajo.

Las muchachas se miraron complacidas.

—Ha llegado tu madre, Toby. Será mejor que regresemos al campamento.

—Ana y yo nos vamos y prepararemos la ensalada y tú traerás el resto de la comida.

Buscaron a la señora Thomas para despedirse de ella, pero había ido a buscar leche al establo y no la vieron.

—No importa —dijo Ana—. Vámonos en seguida a preparar la comida.

Los chicos se lavaron las manos en el patio. Toby fue a contarle lo que había pasado con primo Jeff y con Ray, pero su padre ya se lo había dicho y la encontró muy preocupada.

—¡Pobres muchachos! —exclamó compungida.

Cuando llegaron Dick y Julián, la señora Thomas se volvió como buscando a alguien.

—Creí que era Benny —dijo—. ¿Dónde está?

—¿No le dejaste en el coche? —preguntó Toby.

—¡Yo dejé a Benny aquí en la granja! —dijo mirándole asustada —. No ha venido conmigo.

—Pues no está en la granja, mamá. Hace horas que no le veo.

—¡Oh Toby! —dijo mirándole aterrada—. ¿Qué le habrá

sucedido?

—Dick, Julián… ¿habéis visto a Benny?

—No le hemos visto en toda la mañana. Puede que haya ido a nuestro campamento…

—¡Toby!… ¡La alberca! —le interrumpió la señora Thomas palideciendo—. ¡Corre!… Mira también en el granero y en el cobertizo. ¡Benny, Benny! ¿Dónde te has metido?

Se volvió hacia Dick y Julián, que estaban detrás de ella.

—Id a vuestro campamento y llamadle por el camino. Puede haberse perdido por la colina… ¡Mi pequeño Benny!… ¿Qué voy a hacer?

Capítulo XX

UN EXTRAÑO MENSAJE

Toby salió disparado hacia la alberca. Ésta era profunda y Benny no sabía nadar…

Dick y Julián se marcharon al campamento y estuvieron llamándole durante todo el camino. Registraron matorrales y senderos y le buscaron por todas partes, pero no encontraron ni rastro del pequeño ni de su cerdito.

—¡Benny!… ¡Benny!… —llamaban, y el eco repetía el nombre una y otra vez.

—Quizá esté en el campamento —dijo Dick—. Él quería visitarlo.

—Ojalá sea así —dijo Julián gravemente—. Es un largo trecho para sus piernecitas y no sé cómo habrá podido encontrar el camino, si nunca estuvo allí.

—A lo mejor, las chicas lo han encontrado cuando subían y se lo han llevado con ellas… ¡Vaya día! Yo no le llamo a esto pasar buenas vacaciones…

—¿Por qué siempre nos metemos en líos? Nunca tenemos un momento de tranquilidad.

Dick miró de reojo a Julián y sonrió.

—¿Te gusta la tranquilidad, Julián?… Me parece que no. Anda, vamos a seguir buscando al pequeño…

Por fin llegaron al campamento y allí tampoco habían visto al pequeño. Las chicas se quedaron aterradas cuando supieron que Benny había desaparecido.

—¡Vamos en seguida a buscarle! —dijo Ana.

—Hagamos un plan de operaciones —dijo Dick.

Julián dispuso, como siempre, lo que tenían que hacer. Por ser el mayor le correspondía el mando.

—Ana y *Jorge* buscarán por esta ladera, una desde arriba y la otra irá por abajo. Dick y yo haremos lo mismo por la otra parte de la colina. Después iremos a la casa de las mariposas por si estuviera allí.

Se separaron y empezaron a buscar afanosamente por todos los rincones, llamándole sin cesar.

—¡Benny!… ¡Benny!… ¡Benny!…

Tim iba delante husmeándolo todo. Sabía que Benny se había perdido e iba en busca de su rastro, pero tampoco él, desgraciadamente, pudo hallarlo.

Después fueron a la casa de las mariposas. No había nadie, ni siquiera la señora Janes. Y el pequeño Benny sin aparecer…

Pasaron dos horas antes de que le encontraran. Los Cinco habían perdido ya toda esperanza. Cuando hubieron efectuado un registro exhaustivo por toda la colina, volvieron a reunirse. Estaban desesperados ante el fracaso de sus gestiones, ya no sabían qué hacer.

De pronto *Tim* enderezó las orejas y empezó a ladrar. Era un ladrido excitado, como queriendo decir: «He oído algo interesante».

—¿Qué pasa, *Tim*? —dijo *Jorge*—. ¡Búscalo!… ¡Búscalo!…

Tim se paraba de cuando en cuando a escuchar y volvía a correr de nuevo. Los chicos le seguían y vieron que se dirigía hacia las cuevas.

—¡«Las cuevas»!… ¡Cómo no lo hemos pensado antes! —exclamó Julián.

—Debe de haber estado siguiendo al cerdito y se habrá metido en las cuevas. ¡Qué horror! —dijo Ana.

Al cabo de un instante, todos oyeron una vocecita que les llenó de alegría: «¡*Rizado*!… ¡*Rizado*!… Ven aquí».

—¡Benny! —aullaron precipitándose hacia donde salía la voz.

Tim echó a correr delante de todos y cuando le alcanzaron estaba lamiendo suavemente los dorados rizos del pequeño, que tenía puestos los brazos alrededor del cuello del can.

Benny se hallaba sentado justamente a la entrada de las cuevas y su cerdito no estaba allí.

—¡Benny, querido!… ¡Por fin te hemos encontrado! —exclamó Ana arrodillándose a su lado.

—*Rizado* se escapó. Se escapó «de verdad». Ha entrado allí —dijo señalando las cuevas.

—Menos mal que no le has seguido, porque no te hubiéramos encontrado. Ahora, vamos. Tenemos que llevarte a tu casa —dijo *Jorge*.

Pero tan pronto ella levantó al niño del suelo, éste empezó a chillar y a patalear.

—¡No!… ¡No!… ¡Yo quiero a *Rizado*!… ¡Quiero a *Rizado*!…

—Ya volverá cuando esté cansado de andar —dijo Ana tratando de convencerle—. Ahora tu mamá quiere verte, pobrecita, está muy triste sin ti. Además, tienes que comer.

—Tengo hambre. Quiero comer… pero también quiero a mi cerdito. ¡*Rizado*!… ¡*Rizado*!

—Tenemos que llevarte a tu casa —repitió Dick—. Tu madre está muy preocupada. *Rizado* ya volverá, y si no… bueno… ¡mala suerte!

Tim daba saltos alrededor de los muchachos para expresar la alegría que sentía de haber hallado al pequeño Benny. Todos estaban muy contentos y, durante un rato, se olvidaron del primo Jeff y de Ray.

La señora Thomas recibió alborozada a su hijito. Al verle lloró de alegría y lo estrechó entre sus brazos.

—¡Oh, Benny, Benny! ¡Qué malos sois tú y tu cerdito…!

—Se escapó —insistió el chico.

Benny se sentó a la mesa y comió con buen apetito. Cuando terminó de comer, bajó de la silla dispuesto a ir a buscar a su querido cerdito.

—Voy a buscar a *Rizado* —anunció decidido.

—¡De ninguna manera! —dijo su madre—. Te quedarás conmigo. Quiero que me ayudes a hacer unos pasteles. *Rizado* volverá a casa cuando esté cansado de corretear por ahí.

Una hora después, cuando los chicos estaban ocupados en limpiar el bebedero de los patos, *Rizado* regresó. Entró en el patio de la granja dando chillidos, como era su costumbre.

—¡*Rizado*!… ¡Has vuelto! ¡Qué malo eres! —dijo *Jorge*.

Tim corrió hacia él, le olió y le dio un amistoso lametón.

El cerdito se volvió buscando a Benny.

En esto Julián se dio cuenta de que tenía algo raro sobre la piel.

—¡Mirad! Alguien ha escrito algo sobre el lomo de *Rizado*.

Todos se acercaron a ver de qué se trataba. Tenía unas letras mal trazadas e indescifrables escritas sobre su lomo.

—¡Vaya tontería! —dijo Julián—. Vamos a lavarle.

—¡Espera! —gritó Dick muy excitado cuando Julián iba a llevarse a *Rizado* para lavarlo con un trapo—. ¡Mira!… ¿No es esto una «J» y una «T» y debajo parece que haya una «R» y una… «V»… no, espera… una «W»…?

Todos estaban muy nerviosos mirando fijamente aquellas misteriosas letras.

—«J»… «T»… y… «R»… «W»… ¡Esto significa Jeff Thomas y Ray Wells!… ¿Quién ha escrito esto? —exclamó Toby, excitadísimo.

—Hay más letras… pero están medio borradas —dijo Julián—. Es un mensaje de Jeff y Ray. ¡El cerdito ha ido donde están escondidos!

Los chicos miraron con atención las letras que estaban casi ilegibles, pero Dick descubrió las letras clave para formar la palabra que debería darles la solución al problema que les preocupaba.

—La palabra es: «Cuevas». Estoy seguro. Mirad —dijo—. La primera puede ser una «C» o una «G»; la segunda se lee claramente, es una «U» y la última es una «S»… Ahí dice «Cuevas»… y de allí ha venido *Rizado*.

—¡Cáspita!… Esto quiere decir que Jeff y Ray están escondidos en las cuevas —exclamó Julián—. ¡Y nosotros que pensábamos que estaban a millas y millas de aquí!… ¿Dónde está tu padre, Toby? ¡Rápido!

Encontraron al señor Thomas trabajando en la granja y le enseñaron las letras negras pintadas en el lomo de *Rizado*, explicándole lo que habían descubierto.

—¡Vaya… vaya…! Así que *Rizado* ha estado merodeando por las cuevas… ¡En todas partes tiene que meter su hocico! Lo cierto es que ha encontrado a nuestros amigos. Qué modo tan original de mandar un mensaje.

—Yo he estado a punto de borrarlas, creyendo que se trataba de

alguien que había querido gastar una broma —dijo Julián—. ¿Qué haremos ahora, señor Thomas? ¿Ir a las cuevas o llamar a la policía?

—Las dos cosas —repuso el señor Thomas—. La policía tiene que saberlo y se lo comunicaremos, pero, además, ahora mismo iréis a las cuevas. Llevaos unas cuerdas, y que *Tim* vaya con vosotros. Os será útil.

—También nos llevaremos al cerdito, así *Tim* podrá oler el rastro que dejó.

Los Cinco, acompañados de su amigo Toby y el cerdo, se encaminaron hacia las cuevas con el corazón lleno de esperanza.

—¡Querido Jeff! —iba diciendo Toby en el colmo de la alegría —. ¡Vamos a buscaros!… Estad tranquilos… ¡Vamos a buscaros!…



Capítulo XXI

UN FINAL FELIZ

Los niños, el perro y *Rizado* llegaron a la cima de la colina. Julián llevaba al asustado cerdito sujeto bajo el brazo. El animalito no estaba muy seguro de lo que iba a sucederle, por eso no paraba de patalear y chillar, pero nadie le hacía caso.

Por fin alcanzaron el arcilloso camino que les condujo hasta la entrada de las cuevas en donde había el letrero indicador.

Julián colocó el cerdito en el suelo y *Jorge* llamó a su perro para que oliese al atemorizado animalito.

—¡*Tim*!… Ven aquí… ¡Huele a *Rizado*!… Así… Vamos, síguele… ¡Síguele!… Vamos, *Tim*…

Tim sabía perfectamente qué significaba seguir una pista y obediente olió al cerdito por todas partes y después puso su hocico en el suelo siguiendo el olor de las patitas de *Rizado*. De pronto, alzó la cabeza, enderezó las orejas y echó a correr hacia las cuevas.

—¡Adelante, *Tim*, adelante! —le animaba *Jorge*.

El can siguió olfateando y llegó, seguido de los chicos, a la cueva que tenía las estalactitas y estalagmitas unidas, formando impresionantes pilares. Al cabo de un rato de andar por caminos señalados por cuerdas, siempre siguiendo a *Tim*, que continuaba con el hocico pegado al suelo, llegaron al cruce que se dividía en tres túneles. El perro, sin titubear un solo instante, se metió decidido por la izquierda, que no tenía cuerda alguna.

—Ya me lo figuré —dijo *Jorge*, y el eco repitió esta palabra produciendo un sonido irreal: «Figuré… figuré… ré… ré…».

—¿Os acordáis de los extraños ruidos que oímos el otro día? —inquirió Dick—. Apuesto a que los hicieron los raptores para

asustarnos.

—Y lo consiguieron —dijo Ana—. Mirad, ahora el camino se divide en dos.

—*Tim* sabrá qué camino tomar —replicó *Jorge*.

Y sí lo sabía. Sin apartar la nariz del suelo se metió por el de la izquierda. Al poco rato de andar por aquel túnel, el perro se detuvo, levantó la cabeza y escuchó atentamente. Tenía los músculos tensos, las orejas levantadas, los ojos brillantes… Entonces, comenzó a ladrar y los chicos oyeron una voz lejana que gritaba:

—¡Eh!… ¡Por aquí!…

—¡Es Jeff! —dijo Toby poniéndose a dar saltos—. ¿Me oyes, Jeff?

—¡Toby!… ¡Por aquí!…

Tim corrió por el pasadizo oscuro como boca de lobo y al cabo de un instante se detuvo. Al principio los muchachos no sabían de dónde salía la voz. Al final del camino, frente a ellos, había una pared blanca y no vieron nada más. Pero en aquel momento, justamente detrás de *Tim*, oyeron claramente la voz de Jeff.

—¡Estamos aquí…!

—¡Caramba!… Hay un agujero en el suelo. Ahí, junto a *Tim* —exclamó Julián enfocando su linterna—. ¡Eh, Jeff!

Se asomaron al agujero y vieron a Ray tendido en el suelo, y a su lado, de pie, mirando hacia arriba… ¡estaba Jeff!

—¡Gracias a Dios que nos habéis encontrado! Nos echaron por este agujero y Ray se hizo daño al caer. Con vuestra ayuda podremos sacarle.

—Jeff… ¡estoy muy contento de haberos encontrado! —dijo Toby—. ¿Cómo podremos sacaros de aquí?

—Lo primero que tenéis que hacer es subirme a mí —dijo Jeff—. Después, dos de vosotros bajaréis y ayudaréis a poner en pie a Ray y, entre todos, intentaremos subirlo. Esto es un lugar espantoso. No hay ninguna salida, excepto este agujero. ¡Ayudadme!

Fue un trabajo difícil por parte de Julián y de Dick, que, tendidos en el suelo y con medio cuerpo metido en el agujero, tiraban con todas las fuerzas de Jeff. Toby y *Jorge* les sujetaban las piernas evitando que se cayeran dentro. Ana tenía agarrado al cerdito, que pugnaba por desasirse, porque quería ir también allí.

Al fin, Jeff pudo salir y, entonces, Julián y Dick saltaron dentro para ayudar a Ray. Lo levantaron con mucho cuidado y se agarro a las manos que, desde fuera, le tendía Jeff.

Después de sacar a Ray, auparon a Julián y a Dick. *Tim* pensó que ocurrían cosas muy raras dentro de aquel agujero y empezó a ladrar y a dar saltos, asustando con ello al pobre cerdito.

—Creí que nunca saldríamos de aquí —dijo Jeff—. Vámonos en seguida de este lóbrego agujero. Necesitamos comida, aire puro y agua.

Regresaron siguiendo a *Tim*, que nunca olvidaba un camino una vez había pasado por él.

Salieron, por fin, al sol brillante de junio y los dos hombres, que habían permanecido mucho tiempo en la oscuridad, tuvieron que protegerse los ojos con las manos.

—Descansemos un rato —propuso Julián— y explíquenos cómo escribieron el mensaje sobre el cerdito.

—Bueno —dijo Jeff riéndose—. Ray y yo estábamos allí sin reloj, sin saber si era de día o de noche, si era jueves o lunes… Un día, oímos el ruido de unos pasitos y al poco rato aterrizó sobre nosotros una cosa que chillaba y pataleaba. En seguida adivinamos que se trataba de un cerdo, pero no comprendíamos «cómo» era posible que hubiese caído allí un cochino.



Todos se rieron divertidos por el relato de Jeff.

—Siga —pidió Dick—. ¿Qué hicieron ustedes?

—Palpamos al animal y nos dimos cuenta de que era un cachorrillo —dijo Jeff—. Durante un buen rato no se nos ocurrió que pudiéramos emplearlo como mensajero. Fue una brillante idea de Ray.

—No podíamos leerlo —dijo Dick—. Estuvimos a punto de borrarlo.

—Nos habían robado los lápices y las plumas y, ni que decir tiene, el dinero, los relojes y también las linternas. Aquel agujero,

como habéis podido ver, era muy oscuro.

—Pues, ¿con qué lo escribieron si no tenían nada? —quiso saber *Jorge*.

—Ray encontró un poco de yeso negro en el bolsillo de su pantalón. Es el yeso que usamos para señalar las rutas aéreas en los mapas. ¡Eso era todo lo que teníamos! Ray sujetó al cerdito y yo escribí en su lomo nuestras iniciales y la palabra «Cuevas». No podía ver lo que estaba haciendo en la oscuridad, pero esperaba que me saliera todo bien. Cuando acabé de escribir, lancé al aire al pobre animalito, que escapó corriendo y chillando. Fue muy divertido. ¡Es el cerdito más inteligente del mundo!

—¡Qué aventura tan fantástica! —exclamó Julián—. ¡Y pensar que estuve a punto de borrar el mensaje antes de leerlo!

—Me da escalofríos oír eso —dijo Jeff—. Ahora explicadnos vosotros qué sucedió cuando descubrieron que habíamos desaparecido del campo de aviación. Debió armarse un gran jaleo.

—¿Cómo sabían que robaron sus aviones? —preguntó Dick.

—Me lo imaginé porque oí despegar aparatos en el momento que aquellos bandidos nos cogieron. Por cierto, fue entonces cuando se oyó el ladrido de un perro. ¿Era *Tim*?

—Sí —repuso *Jorge*—. Ladró mucho la noche de la tormenta.

—Los aviones robados se estrellaron en el mar y no se encontró a los pilotos —dijo Toby.

Jeff y Ray permanecieron silenciosos unos momentos.

—Echaré de menos a mi viejo aeroplano —dijo Ray, pensativo —. Espero que pronto tendremos otro.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó el primo Jeff—. ¿Puedes seguir andando?

—Si los muchachos me ayudan como hasta ahora, podré. Vamos —dijo Ray levantándose con dificultad.

Andaban muy despacio a causa de Ray, pero, afortunadamente, los encontró la policía a medio camino de las cuevas. El señor Thomas les había telefoneado y habían acudido inmediatamente.

Se hicieron cargo de Ray y así pudieron avanzar más aprisa.

Estuvieron muy contentos cuando llegaron a la granja. ¡Qué bienvenida les hicieron los señores Thomas y Benny! El muchachito cogió a *Rizado* de los brazos de Ana y lo acarició dulcemente.

—Te escapaste. Eres muy malo —le regañaba.

La señora Thomas abrazó a su sobrino y saludó a Ray muy emocionada.

—Ahora vamos todos a merendar —dijo—. Jeff y Ray deben estar hambrientos.

Se sentaron todos a la mesa. Toby se colocó al lado de su héroe, el primo Jeff. Nunca había estado la mesa tan bien preparada, ni tan surtida de ricos alimentos.

—Mamá —dijo Toby brillándole los ojos—. Esto no es un té… ¡es un banquete!… ¿Qué quieres que te sirva, Jeff?

—¡De todo! —exclamó el interpelado—. Empezaré por dos huevos hervidos, tres lonchas de jamón, dos rebanadas de pan con mantequilla y esta maravillosa ensalada.

La merienda transcurrió alegremente y, aquel día, Benny se estuvo sentado a la mesa durante todo el rato y no bajó ni una sola vez para ir a buscar a *Rizado*. *Tim* estaba debajo de la mesa, Benny podía tocarlo con los pies y… sí… *Binky* también estaba allí, junto a Toby. El niño deslizó bajo la mesa un gran pedazo de pastel e inmediatamente lo cogió con cuidado un morro peludo. ¡Ellos también participaban del maravilloso banquete!

Cuando terminaron de comer, los muchachos se pusieron muy tristes porque Jeff y Ray tenían que marchar al campo de aviación en seguida. El señor Thomas se ofreció a llevarlos en su coche. Salieron todos a despedirlos.

—Nuestro campamento ahora nos parecerá triste y aburrido —dijo Dick—. ¡Han ocurrido tantas cosas durante estos días!

—Os prometo que algo más sucederá… Algo que os va a gustar mucho —aseguró Jeff.

—¿Qué será? —preguntaron todos a la vez ávidamente.

—Subiréis conmigo en un avión y lo pilotaré yo —prometió Jeff —. ¿Alguno de vosotros quiere rizar el rizo conmigo?

¡Qué gritos de alegría dieron todos! Se armó una tremenda algarabía y Jeff cerró los ojos y se tapó los oídos con las manos.

—¡Yo también quiero ir! ¡Y *Rizado* también! —reclamaba Benny.

—¿Dónde está tu cerdito? —preguntó Jeff—. Quiero estrecharle la pata. Fue una gran ayuda para nosotros. ¿Dónde está?

—No lo sé —repuso Benny mirando en torno suyo—. Debe

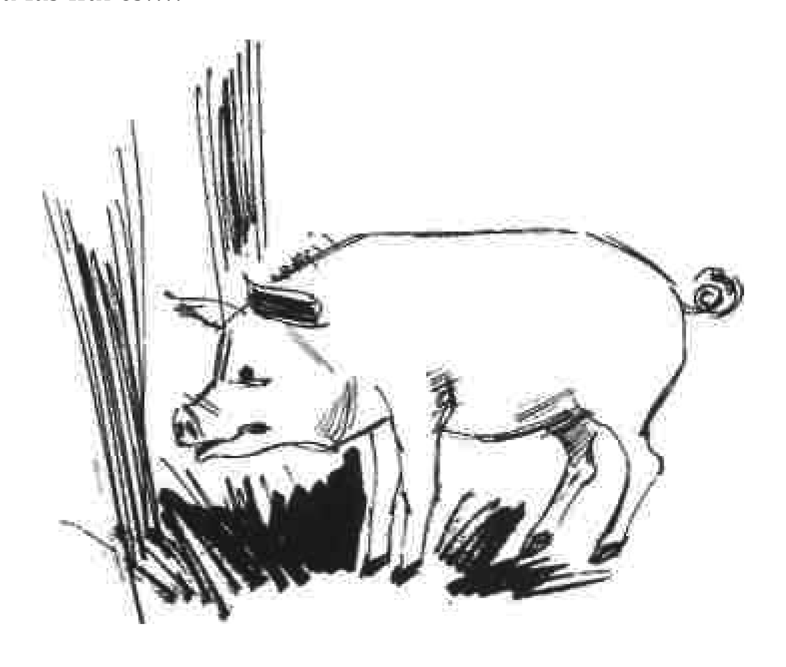
haberse…

—¡Escapado! —gritaron todos a una.

Tim empezó a ladrar y a dar saltos y, de pronto, apoyó sus enormes patas en la ventanilla del coche y lamió la mano de Jeff.

—¡Gracias, viejo amigo! ¿Qué habríamos hecho sin ti?

—¡Adiós a todos!… Os veré mañana… y entonces… ¡subiremos hasta las nubes!…



F I N



ENID BLYTON. Nació en 1897, en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles más leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan *Alicia en el país de las maravillas* y *Alicia a través del espejo* de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir

muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968, año en el que falleció. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.

Notas

[1] Cierto dulce aromatizado con menta piperita (*N. del T.*). <<